

EL PROBLEMA DE LOS NEGROS PREHISPANICOS AMERICANOS

NOTAS SOBRE LOS MELANODERMOS PRECOLOMBINOS

Por ARMANDO VIVANTE *

RESUMEN

« ¿Qué hombre, antes de ver a los etíopes, hubiera creído en su existencia? » (*Plinio*); una actitud semejante puede ser la de la americanística ante el problema planteado en este trabajo, tema prácticamente nuevo si bien ya está registrado entre los tempranos Cronistas. Después de señalar la dificultad de precisar el concepto raciológico de « negro », se destaca que en América puede suponerse la presencia de modelos más antiguos que el del melanodermo africano protohistórico, portador de la llamada cultura poseidónica. Los viejos ensayos de Gaffarel y el aporte moderno de Weitzberg, entre otros estudios de distinto nivel y valor, obligan volver la mirada sobre la ruta atlántica como excelente vía de comunicación entre el Viejo y el Nuevo Mundo, siglos antes de Colón, y como canal por donde pudieron afluir altos bienes culturales. Se examinan datos y pruebas que se refieren a la presencia americana de « negros » prehispánicos; se tratan de materiales antropológicos de desigual valor que por sí solos no afirman ni infirman la teoría expuesta, pero que poseen bastante fuerza probatoria como para justificar su nueva apertura a la investigación con criterios más metódicos y exigentes. En este trabajo se intenta, por primera vez, formular la problemática básica y reunir la bibliografía esencial.

* Profesor titular de Etnología General.

INTRODUCCIÓN

Quis enim Æthiopas, antequam cerneret, credidit? *C. Plinii*, *Hist. Nat.*, lib. VII, 1.

Presentamos en este estudio un tema nuevo para la americanística, siempre que no se tengan en cuenta algunas referencias escuetas, desarticuladas e incompletas que desde los Cronistas hasta nuestros días salpican, esporádicamente, la literatura antropológica pertinente. La hipótesis de trabajo —que puedo resumir en esta pregunta: ¿Hubo negros en América anteriores al Descubrimiento?— nunca ha sido objeto de un tratamiento orgánico y completo; aquí lo intentamos por primera vez utilizando materiales que hemos recopilado en un trabajo inédito. El tema es arduo, al menos en este primer intento que se hace sin contar con el antecedente de algún estudio similar; es verdad que entre nosotros se pueden citar los dos artículos de Armando Schedl —lo que haremos más de una vez— pero en este caso no se tratan más que de interesantes notas de corte periodístico que nunca tuvieron otra pretención que la de divulgar un asunto demasiado ignorado. En la última parte del siglo XVIII, el polemista Paw, hijo de la Ilustración, afirmaba que en América no hay verdaderos negros por razones de su geografía y que las observaciones sobre individuos oscuros o eran engañosas o se trataban de esclavos poscolombinos (ed. 1777, t. I, 162 ss.). Mucho después, la autoridad de Ratzel (ed. 1889, t. II, 423) cierra así esta cuestión que hoy vuelve a preocuparnos: “No queremos dar gran importancia a las supuestas tribus negras del istmo (de Panamá) ni a las palabras de Pedro Mártir que, hablando de los *quarecúas* dice: “Sólo en Nigricia pueden nacer hombres de tal naturaleza”, ni tampoco al hecho de que figurara un negro entre los que acompañaran a Balboa en su expedición al Golfo de Panamá”. En un manual de prestigio —aunque ya desactualizado— como el de Krickeberg (ed. 1946, 22) se lee brevemente: “Las noticias españolas más antiguas sobre la presencia de elementos negroides en varios lugares de los litorales occidentales de América, por ejemplo, California y Panamá, no se le pueden conceder mucha importancia”; Pericot (ed. 1936, 84), con la más pobre bibliografía, resuelve sumariamente el problema considerándolo erróneo, es decir falso, por efecto de tomar como indígenas a poblaciones emigradas después de la conquista o a mestizos, de esta suerte no nos extraña que otro manual estadounidense, firmado por los reputados

antropólogos Beals y Hoijer (1957, 178), excluye, sin mayor demostración, la existencia de todo negro prehispanico en América. Poco puede sorprendernos, por consiguiente, que el estudio de Weitzberg —meritoriamente difundido por Comas, y que veremos más adelante—, entre otros escasos contemporáneos, no haya sido objeto de la debida consideración y que, incluso, se lo ignore. Cuando el señor Neuman (1962), de Indiana, se pregunta si existe o si se está formando una raza negra americana ni se le ocurre tomar en cuenta los sustanciosos antecedentes de hombres negros precolombinos que, en cierto modo, son un término importante para contestar cabalmente su interrogante.

Somos del parecer que este problema debe ser retomado —como el de los presuntos pigmeos americanos— y expuesto críticamente sobre el tapete de la americanística, libres de preocupaciones tradicionales, es decir, sin prejuicios anticientíficos. Según el examen que hemos realizado, por el momento no es posible resolverlo definitivamente en ningún sentido pues los materiales disponibles son incompletos y de muy desigual valor; es así que debemos conformarnos con plantear el tema, darle cierto orden, señalar algunas de sus cuestiones y perspectivas esenciales, registrar la literatura básica y dejarlo abierto para que otros especialistas lo traten ya sea con materiales de archivos, con mejor exégesis de los Cronistas y viajeros, ya con nuevos estudios de genética y serología, ya reinterpretando temas míticos y arqueológicos.

LA IMAGEN ANTROPOLOGICA DE NEGRO

Previo a otra consideración se debe dejar establecido, inequívocamente, qué se entenderá por negro, por hombre negro. Racialmente hablando, no es posible dar una idea totalmente satisfactoria de lo que sea un negro, que pueda conformar a todos los antropólogos y esto se debe a que los mismos especialistas en cuestiones raciológicas parten de distintos criterios y exigencias clasificatorios. Mientras no se precise qué sea un negro no habrá dificultades para entenderse y cada cual tendrá presente su imagen o imágenes de negros, pero cuando haya necesidad de definir las entonces comenzarán las dificultades. De cualquier modo, no hay que dejarse seducir por el error que entraña la fácil evocación sugerida por la palabra negro que nos hace deslizarse hacia un irreal y cómodo negro, precisamente panafricano, que todavía satisface el esquema definitorio de Lineo: cabellos negros y crespos, nariz chata y labios gruesos.

Si por negro quiere abarcarse la multitud de imágenes propuestas por autoridades como Biasutti (1941) o Montandon (1933), uno se da cuenta que para nuestro propósito hemos escapado de una imagen simplista y quizás errónea para caer en otra, caleidoscópica, compleja e incierta. Se trate de la Gran Raza Negroide de Montandon o del Ramo de los Negroides del Cielo de las Formas Primarias Ecuatoriales de Biasutti, no se objetiva, prácticamente, la imagen, sino se la sustituye por otra equívoca y generalizada, tanto más difusa cuanto más abarcativa. Este criterio clasificatorio "jourdanista" aplicado a un tema central de la antropología biológica no resuelve el problema, pero por el momento no disponemos de conceptos mejores. Además, a este conjunto "jourdaniano" negroide se le debe incluir la posibilidad de comprender imágenes típicamente americanas o tan ancestrales o metamórficas —si esto fuera fáctico— que no tendrían paralelos actuales en tipos del viejo mundo.

En realidad, no podemos hablar de negros en un sentido estrictamente raciológico, no porque no querramos sino porque la distinción de razas humanas es, todavía imprecisa. Además, con la etiqueta de negros consideramos tipos biológicos humanos indiscutiblemente distintos, aunque, reunidos aparente y simplemente por un mínimo común múltiplo que es el melanodermismo.

La serología ha comenzado a trabajar en raciología y conocemos sus intentos de caracterizar a los negroides (Boy 1952, 260; Layrisse-Wilbert 1960, 40; Stern 1963, 813), pero el material aportado es todavía insuficiente y hacen falta otros trabajos. Tampoco tomaremos en cuenta la teoría de Blanc (1942-3, 222, nota 81) que supone al negro descendiente de un negroide que se hace cada vez más negro por segregación de ese carácter melánico y pérdida progresiva de los caracteres európidos. Asimismo —dejamos bien establecido— si por necesidad del tema abarcamos toda la gama heterogénea de negros, nuestro acento recaerá, centralmente, sobre los melanodermos africanos, según la convencional y didáctica síntesis de Vallois (1957), especialmente aquéllos que fueron portadores de la cultura atlántica de Frobenius (Vivante-Imbelloni, 1939) y esto porque su presencia parece estar documentada en los primeros historiadores de América, los Cronistas, y en crónicas que recién comienzan a estudiarse, si dejamos de lado los tempranos ensayos de Gaffarel y otros. Pero, téngase en cuenta, que si bien son esos los "negros" que más nos llaman la atención, en rigor, no podemos resolver, cuando hablamos de negros prehispánicos americanos, si debemos adscribirlos, únicamente

o en distintas relaciones, a los melanoafricanos típicos o a otro tipo de negro o negroide de Asia cisahimalaya u oceánicos. Si la investigación demostrara —no digo la nuestra que constituye sólo un planteamiento inicial— que existen o existieron negros prehispánicos americanos no tienen, éstos, por qué ser únicamente semejantes a formas vivientes o reducidos a los guineanos de Vallois, digamos por ejemplo, pudiendo pensarse en otros muy anteriores a los actuales y de diversas procedencias cronoespaciales, incluso, puede pensarse en hipotéticos protonegroides. Precisamente, por estas últimas consideraciones, al rotular nuestras “Notas” preferimos hablar de *melanodermos*.

Si en este estudio, y por necesidad, trabajamos con una precaria y elástica conceptualización de negro basada, principalmente, en su melanodermismo y cierta figura morfológica un tanto clásica, que recuerda la silueta trazada desde los hipogeos egipcios hasta la cortante descripción de Gobineau o de la imaginería popular, dejamos, no obstante, constancia de que utilizamos un concepto equívoco. Pero es a esta indefinida idea general de negro la que procuramos señalar en el cautivante transfondo racial de la América virgen, hasta que teorías más fundadas y hechos más objetivos y abundantes confirmen, modifiquen o nieguen el vago panorama que aquí se ofrece.

En general, los autores que, de un modo u otro, han tocado nuestro tema tienen presente al negro africano; nosotros, sin olvidarlos, somos más amplios y pensamos en negros de razas, lugares y tiempos tanto africanos como de otras partes de la ecumene.

SOBRE EL COLOR NEGRO DE LA PIEL

Directamente relacionado con la definición de este modelo humano es el color de su piel, color que siempre tiende a ser obscuro y que, de distintos modos se ha querido señalar entre ciertos indígenas americanos (1). Lehmann (1930, 333-334) para evitar equívocos propone llamar “nerigno” a todo elemento racial de Sudamérica no proveniente de África. El cronista Sánchez Labrador (2) desde un principio rechaza cualquier analogía con el color de los negros africanos por parte

¹ Ver Pericot y García 1936, 82-84, y Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre, Buenos Aires, 1952, V, 44 ss.

² *La Medicina en « El Paraguay Natural » (1771-1776)*, del P. JOSÉ SÁNCHEZ LABRADOR, S. J., exposición comentada del texto original Por el Dr. Aníbal Ruiz Moreno, Tucumán, Univ. Nac. de Tucumán, 1948, 31.

de los indígenas americanos; si fuera así, cuando las fuentes hablan de negros no serían auténticos nativos. Un conocedor como Brinton (1946, 47) reconocía que los tonos oscuros están tan distantes del color negro como sus tonos claros del color blanco; podríamos decir con Imbelloni (3) que nunca se llega a la melanodermia cuando se habla de negroide por más que con los láguidos nos encontremos relacionados con los melanésidos (4). Broca, citado por Dally (1862, 409) reconoce en algunos indios americanos un color negro un poco menos pronunciado que el de los nativos del Congo pero que es semejante al de los mulatos de primera sangre. Humboldt (5) llega a decir que ni las tradiciones religiosas americanas mencionan una raza negra; debemos aclarar que no es exacta tal falta de tradición como hemos señalado en otro lugar (Vivante, 1963) pues existen leyendas de pigmeos y hombrecillos negros y segundo, porque hay, por lo menos, un pasaje del "Popol-Vuh" que habla de hombres blancos y negros (6), aunque en este caso se podría hablar de una idea más templaria que naturalista.

La lectura de las fuentes, cronistas, viajeros, etc., nos pone frente a expresiones poco concretas como "nariz chata", "labios abultados", "de color oscuro", y así por el estilo. A esto agréguese que más de una correcta observación temprana puede estar registrando hechos de contaminación como lo documenta este texto de Rui Díaz de Guzmán: "También se ha sabido que hacia el Brasil hay ciertos pueblos de gentes muy morena y belicosa, la cual se ha entendido son negros retirados de los portugueses de aquella costa, que se han mezclado con los indios de aquella tierra" (7). Agréguese a estas dificultades que cuando el dato llega a través de informantes indígenas y se refiere al color, la estatura u otra característica, el dato viene ya con un contenido semántico que no es necesariamente el nuestro.

Hemos reunido estas reflexiones para mostrar con cuanta cautela hay que manejar las fuentes y hasta dónde se les puede pedir un reflejo fiel de la realidad. Quizás más de un caso de "prieto" pueda

³ En Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires, 1937, 24.

⁴ Ver Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre, Univ. Nac. de Buenos Aires, 1949, II, 121.

⁵ Lib. VIII, cap. 24; ed. 1942, t. IV, p. 384-385, nota 53.

⁶ En la clásica edición de Brasseur de Boutrbourg de 1861, 209; hacen la misma cita Ameghino 1889, I, 73 y Quatrefages 1889, II, 552.

⁷ Lib. I, cap. IV; ed. 1945, 45.

explicarse, como lo hace Gumilla, siglo XVIII, por su teoría del sol que tizna invocando el delicioso Cantar de los Cantares: "No reparéis en que soy morena, pues me tostó el sol", siempre que no se prefiera la teoría de Torquemada (s. XVI-XVII) para quien el color de la piel es el sello de la maldición de Noé sobre su nieto Canaan, si el negro es el color de la piel (8).

BREVE PANORAMA DE NUESTRO TEMA

El problema o tema que encaramos es el de la probable existencia de negros precolombinos, asunto que causa sorpresa a la mayoría, incluida gente de la materia. En un sentido se trata de una temática nueva cuyo verdadero significado y sus distintos planos no están aclarados.

Algunos autores sólo se han referido a un aporte africano histórico, a partir del siglo XV; otros, entre los que figuran Cronistas y epígonos modernos, entroncan este problema con la migración de las Tribus perdidas de Israel *et alter alia*. En cambio, investigadores más especializados, sin abocarse al tema como tal lo aluden al analizar el cuadro raciológico aborígen americano, uno de cuyos componentes podrían ser elementos melanodermos —melanésidos— muy primitivos o sumamente arcaicos.

Aparte de la posibilidad de plantear niveles cronorraciológicos, respecto a los negros supuestos precolombinos, se plantea la necesidad de examinar probables vestigios y testimonios acerca de la presencia de hombres oscuros en América con anterioridad a la llegada de Cristóbal Colón. Entre todos es Jeffreys el que más se destaca en señalar dichos vestigios y testimonios, con una serie de importantes trabajos que resumiremos más adelante; la crítica podrá demoler casi todas sus pruebas, pero no todas. Además, existen ejemplos tomados del material arqueológico —pocos en verdad hasta tanto no se amplíen las investigaciones en este campo especializado— que parecen registrar la presencia de negros y negroides tanto en representaciones cerámicas provenientes de la costa peruana o del valle medio del Misisipi, o en las cabezas líticas monumentales de La Venta, Veracruz (México), ya señaladas en este sentido por Chavero, o en algunas piezas olmecas, reinterpretadas en su significación, que

* Lib. XIV, cap. XIX, ed. 1723, II, 569-572.

presenta cierto tipo de aditamento supracefálico que algunos entienden que sean cabellos motosos, típicamente melanoafricano u oceánico y de ningún modo americanos. Se llega así a pensar si los característicos "baby-faces" olmecas que, si por un lado son vinculados con seres míticos de poca talla, por el otro se agrega el carácter de ser negros estableciéndose así la existencia de pigmeos oscuros.

El estado actual del estudio de las supuestas señales o rastros dejados por negros históricos prehispánicos es francamente deficiente. Las referencias a grabados rupestres con figuraciones y objetos supuestamente norafricanos, la existencia de esqueletos de negros con exclusión de que fueran de esclavos; los topónimos centroamericanos explicados por lenguas africanas y otras pruebas (Jeffreys, Biedermann, Weiner) son datos rudimentarios y no cubren las exigencias de una metodología moderna, incluso, no está claro el carácter de autenticidad de una parte de los materiales presentados.

Muy distinto es cuando se recurre al examen de viejas crónicas que hablan de hazañas argonáuticas africanas tal como lo hizo el inolvidable Gaffarel y, actualmente, Weitzberg quien, con el solo estudio que de él conocemos, a puesto sobre sólida base este aspecto del problema y ha indicado cuál es uno de los caminos a seguir en futuras escrutaciones. Es en base a lo implícito a la noticia histórica que da Weitzberg que entre nosotros Schedl, sin mayores pretensiones, amplió el planteamiento colocando el tema de los viajes de africanos a América dentro del círculo cultural que Bachofen llamó poseidónico y uno de cuyos centros tróficos fue la cultura atlántica de Guinea.

En conclusión, el estado actual del estudio referente a negros prehispánicos en América es totalmente insatisfactorio, tanto sea por la carencia de materiales, por la limitación de los planteamientos, la total falta de atención por parte de los especialistas y por el prejuicio reinante. Los Cronistas fueron los primeros en registrar algunos datos. Lehmann y Menghin, luego de Chavero y Larco Herrera, para nombrar a algunos, toman contacto con el tema; por último, Jeffreys y Biedermann, entre otros le dedicaron amplios artículos. Con Weitzberg y Schedl el estudio se hace más concreto y completo.

LA DOBLE DIMENSION PROBLEMÁTICA

Para concluir deseamos llamar, una vez más, la atención sobre la doble dimensión problemática de nuestro tema, aparentemente tan claro y tan ambiguo en su simple y escueta enunciación. La *dimensión*

inmediata es la histórica y es la que tiene por material la supuesta presencia de melanoafricanos de alta cultura en tierras americanas mucho antes del siglo XV, cuyos indicios habrían quedado registrados en importantes y evidentes monumentos arqueológicos, en probables erónicas inéditas, y cuyas últimas noticias habrían sido recogidas por algunos Cronistas. La *dimensión mediata* incide sobre la misma estructura esquemática de la formación raciológica de América india; esta problemática va más allá del nivel histórico melanoafricano prehispano y se hunde hacia las raíces formativas de la humanidad aborigen del Nuevo Mundo, es decir, sin pensar en el hombre de Africa Negra, tiene en cuenta la hipótesis de aportes negros o de inclusiones negras provenientes de otras fuentes. Además, si la dimensión inmediata pone el acento sobre la ruta transatlántica, la otra dimensión lo hace sobre el camino terrestre del norte o a través del Pacífico, siempre que no se tenga en cuenta la existencia de formas negras típicamente americanas, ya sea siguiendo una línea de inspiración ameghiana o la de creación de modelos metamórficos o plasmados por la fuerza de esa naturaleza exuberante, lujuriosa y letal de América, según Cornelio Paw.

APOSTILLAS A LA RUTA ATLANTICA ENTRE EL VIEJO Y EL NUEVO MUNDO

Desde la pregunta formulada críticamente por Louis Germain (1922, 123), sobre si los fenicios u otros navegantes de la antigüedad habrían atravesado el Atlántico, hasta las reflexiones de Luis Pericot, en 1960 (1962, II, 17-18), en las cuales se plantea el papel que pudo desempeñar este Océano como vía comunicante entre el Viejo Mundo y América, no se ha progresado mucho y podemos repetir el mismo juicio del autor citado en primer término: que este interesante problema no ha sido suficientemente profundizado (1922, 123).

Desde muy temprano el océano Atlántico se presentó como la ruta ideal para explicar la historia más antigua de América y, especialmente, como ruta que tiene su punto de partida en Africa; Imbelloni (1956, 23) dedica a este asunto substanciales líneas. Los Cronistas, algunos expuestos brillantemente por fray Gregorio García (1607), insisten en señalar esta ruta, insistencia sostenida hasta nuestros días, pese al abrumador tropismo ejercido por el océano Pacífico sobre los investigadores actuales. Una de las razones de esta preferencia por el

Atlántico es sencillamente histórica por ser el océano más conocido luego del viaje de Cristóbal Colón; la otra razón, por existir la corriente Ecuatorial que facilitaría los viajes de ida y vuelta (Gumilla, ed. 1791, t. II, 42 s; Lozano, ed. 1874, t. I, 374 y 379; Quatrefages 1889, 406; Ameghino 1880, t. I, 41 y Alcina Franch 1955, t. II, 878).

En un plano americanístico Hyde Clarke enseña que tribus africanas llegaron a América a través del Océano, “desde la costa de Africa al mar de Caribes y embocaduras del Orinoco y Amazonas” (1887, I, 163) (9). Giuseppe Sergi (1928, 225-6) cree haber demostrado que dos ramas humanas, las más antiguas de la familia humana ahora viviente, inmigraron a América por el camino occidental de Africa en una época lejanísima (10). La ruta atlántica es actualizada por un autor moderno como Thor Heyerdalh (11). Esta ruta, aparte de haberse presentado a los primeros tratadistas como una solución lógica y natural para explicar el paso de la humanidad que poblaría a América, sirvió y sirve para suponerla la vía de preferencia para la comunicación afroamericana y de intercambios de bienes culturales, incluso de la *nigua* o “pulga americana” o “pulga penetrante” (*Sarcopsylla penetrans*) de las Antillas y Guayanas a Africa. En 1919, Holmes examina los problemas de la comunicación intercontinental por las rutas del Atlántico norte y sur y, al rechazar a ambas, señala, no obstante, las semejanzas que encuentra en piezas de cerámica americana y del Benin (12).

José Alcina Franch, en una serie progresiva de investigaciones, llega a la conclusión que el Atlántico debió ser la ruta de una corriente cultural que desde Africa, por Canarias, llegó a Mesoamérica. Desde su trabajo de 1952 (1952, 241-255) hasta el de 1958 (1958, 9-16), procura demostrar que dos elementos neolíticos llegaron a América

9 Citado, también, por Pericot y García 1936, 423, nota 147.

10 La etnogénesis completa propuesta por este ilustre antropólogo es muy original: tasmanios y negritos llegaron a América haciendo escalas en islas residuales del plioceno, ahora desaparecidas y desde el Nuevo Mundo se lanzaron al Pacífico hacia Australia y Nueva Zelandia (1928, 30-31). Los *Lofocéfalos* americanos descenden del *Palaeanthropus rhodesiensis* de Africa (1928, 30, 31, 33, 156, 166 y 225).

11 Véase Imbelloni, 1956 : 422.

12 Recuerda a este autor A. A. MENDES CORREA, *Nouvelle hypothèse sur le peuplement primitif de l'Amérique du Sud*, en Atti del XXII Congr. Intern. degli Amer., Roma 1926, vol. I, 98-99. También Schedl, 1959, 556-561.

por vía y dirección señaladas (13). Alcina Franch habla del “prejuicio” por la ruta del Pacífico y afirma la posibilidad física del salto atlántico (1955, *et passim*). Sostiene que “hacia la primera mitad del primer milenio antes de Jesucristo, se pueden determinar contactos culturales entre el área mediterránea y norte de África y la parte central de América (Antillas, norte de Sudamérica, Centro y Mesoamérica). Estos contactos culturales pueden ser debidos a la llegada fortuita de gente procedentes del centro mencionado, quienes dejarían algunos elementos culturales como la pintadera en el continente americano, aun cuando sus caracteres antropológicos desaparecieron rápidamente en la masa de los indígenas americanos con los cuales se pusieron en contacto” (1958, 31-2, ver 223-4 y 1958, 19). Schedl aclara: “Comprendemos muy bien que la posibilidad de un aporte neolítico del Viejo Mundo al Nuevo Mundo no implica, por ejemplo, que las pintaderas sean invención de “negros” que llegaron allende el Atlántico, pero sí la legitimidad de suponer que las pintaderas pudieron ser traídas por africanos (1959, n. 252, 562) (14). Jeffreys — que estudiaremos más adelante — también recurre a la ruta atlántica (15). Jeanmaire (1951), a propósito de un estudio sobre Dionisio

¹³ En 1956 César Lizardi Ramos, en Boletín Bibliográfico de Antropología Americana, México 1956, vol. XVIII, 2a. parte, comentando el trabajo de Alcina Franch, lo juzga tesis que a priori es difícil de comprobar. Comas, lo juzga también en *id.*, México 1955, vol. XVII, 2a. parte, 38, y considera que abren nuevas perspectivas. Angel María Garibay K., en América Indígena, México 1959, núm. 3, 238, lo califica de importante aportación; M. Ballesteros Gaibrois, en Alcina Franch 1958:15, dice que la hipótesis hace necesariamente pensar y Claudio Esteva Fabregat, en Boletín Bibliográfico de Antropología Americana, México 1962, vol. XXI-XXII, 2a. parte, 3-4, lo llama estudio importante y Pericot García (1960 [1962], n° 2, 18) cree que la hipótesis de Alcina Franch merece tomarse en cuenta, aunque con mucha prudencia. Por la definición de la pintadera en relieve y su distribución arqueológica ver 1952, 241-255 y por la tipología del vaso con vertedera 1958, 170.

¹⁴ No entra en nuestro propósito averiguar la certeza de los enunciados de Alcina Franch, que llevaría a la discusión del mismo neolítico centroamericano, tema este que excede nuestro propósito.

¹⁵ Citamos, también, los estudios siguientes, realizados con intenciones análogas a las de Alcina Franch y Jeffreys: HANS BIEDERMANN, *Pre-Columbian Eurafrikan immigration in America: dolmen-like structures in South America*, en Intern. Anthropol. and Ling. Review, Miami, Florida, USA, 1955-6 (impreso 1957), II, 112-117; del mismo, *Pre-Columbian Eurafrikan immigration in America, « Osiris mythen » in Mexico*, en *id.* 1957-8, III, 26-31, y el de JOSEPH WÖLFELS, *Transatlantic relation of Ancient American High Cultures* que no hemos podido consultar, publicado en el IV Congreso Intern. de Cienc. Antrop. y Etnológ., Viena 1952, y el de V. V. CICCHITTI MAR-

sos (16), considera un paso transatlántico de bienes culturales que permiten comparar la sociedad arcaica de Europa con las civilizaciones americanas. Greenman (1963), anota una serie de interesantes paralelismos en el campo de la prehistoria entre el suroeste de Europa y América del Norte que supone se han efectuado a través del Atlántico septentrional (17).

La ruta atlántica cambia de problemática cuando se refiere a tiempos históricos, anteriores siempre a la hazaña colombina. Paul Gaffarel (1892, I, c. VII) trae noticias de tres viajes árabes. Abelardo Chediac (1941) trata ampliamente el tema de si los árabes llegaron a América del Sur, y entre nosotros se publicó un libro con asunto similar (18). Se da por bastante probado que los árabes realizaban viajes por el Atlántico y que hasta el siglo X conservaron su arte náutico y cartográfico (19). Un trabajo que debe destacarse en relación al tema que venimos tratando es el de Fritz Weitzberg, publicado en 1922 (20), en donde cita y extracta el artículo de Ahmed Zeki Pacha —“Deuxième tentative des Musulmans pour découvrir l'Amérique”— aparecido en el “Bulletin de l'Institut d'Égypte”, 1920, t. 2, 57-59, según el cual Mohamed Gao, sultán de Guinea, hacia el 1300 hizo alistar una flota numerosa para hacer averiguar si había tierra firme del otro lado del Atlántico; Weitzberg cree que llegaron a América Central y de ellos nos darían noticias algunos de los Cronistas que reseñamos en otro lugar de este trabajo.

Quingley (21), al estudiar un tipo de veneno para pescar, que señala

CONE, *Conexions ethnologiques transatlantiques*, que conocemos por cita del BBAA, México 1954, vol. XIII, 1a. parte, 36 y 37.

¹⁶ HENRY JEANMAIRE, *Histoire du cult et de la religion de Bacchus*, Paris, ed. Payot, 1951. Ver nota de Raymond Lenoir en BBAA, México 1952, vol. XIV, 2a. parte: 123-125.

¹⁷ Apud S. Genovés en *Anales de Antropología*, México, vol. II, 1965, 123.

¹⁸ IBRAHIM HALLAR, *Descubrimiento de América por los Arabes*, prólogo de Héctor Miri, Buenos Aires, Ed. Claridad, 1960.

¹⁹ Véase A. Vivante y J. Imbelloni, 1939, c. XII.

²⁰ FRITZ WEITZBERG, *Contribution a l'histoire de la découverte précolombienne de l'Amérique*, en *Memorias de la Sociedad Científica Antonio Alzate*, México 1922, tomo I, 97-107; lo conocemos por Comas 1956, 10.

²¹ C. QUINGLEY, *Aboriginal fish poison and the diffusion problem*; en *American Anthropologist*, Menasha 1956, 58, 508-525, reseñado por Salvador Canals Fran en RUNA, Buenos Aires 1956-7, vol. VIII, 1a. parte, 110-111. L. Capitán busca la relación África-América mediante un tipo de adorno labial, ver Pericot y García 1936, 383.

en un complejo cultural propio de ciertas regiones tropicales, piensa que sólo pudo llegar a América a través del Atlántico (22). El "Libro de Mormón", texto sagrado de la secta cristiana de los Santos del Último Día, registra dos viajes transatlánticos (23); por último, sólo citaremos el libro de Pohl, "Atlantic Crossing Before Columbus", 1961, ya que no hemos podido consultarlo.

Al lado de estas argumentaciones — tan discutibles como invocadas sin mayor sentido crítico — aparecen otras como las constituidas por las cabecitas de barro, de muy probable procedencia romana, halladas en el México Prehispánico (24), o por los blancos llegados a América antes de Colón, según Mourant, o la hipótesis de Greenman sobre gente del paleolítico superior pasando a América desde Europa utilizando embarcaciones para salvar la valla del Atlántico septentrional (25). Trabajos recientes, todo lo discutible que se quiera, como los de Egerton Sykes sobre artefactos europeos hallados en sitios precolombinos de la costa oriental de nuestro continente (26), o los de Alice B. Kehoe sobre la cerámica denominada Woodland, del noreste de América del Norte, que supone precedente del noroeste europeo hacia el fin del tercer milenio antes de Cristo (27), no son de dejar de tener en cuenta en estos intentos iniciales de volver a considerar la problemática que puede plantearse sobre el Océano de Colón desde

²² Canals Frau — ver nota 21 — lo explica por su dispersión por Oceanía y por la intervención de los protomalayos; véase, también, JORGE IRIBARREN CHARLIN, *Notas preliminares sobre la dispersión de un adorno del labio en los pueblos aborígenes, el bezote, labret o tembete* (con una nota previa del Prof. O. F. A. Menghin, *Arqueología del bezote en el Viejo Mundo*), Ovalle, Chile 1950.

²³ DEWEY FARNSWORTH y EDITH WOOD, *Book of Mormon Evidences in Ancient America*, Salt Lake City (Utah, USA), Desert Book Co., 1953; SPENCER W. KIMBALL, *The Lamanite*, Salt Lake City (Utah, USA), Improvement Era, 1955; HARRIS ERRALD STAFFORD, *The early inhabitants of the Americas*, New York (USA), Vantage Press, Inc. 1959; MILTON R. HUNTER, *Archaeology and the Book of Mormon*, Salt Lake City (Utah, USA), 2a. ed. 1959.

²⁴ JOSE GARCIA PAYON, *Una cabecita de barro, de extraña fisonomía*, en el Boletín del INAH, México 1961, n° 6, 1-2. Dice Pericot y García que « es posible que las figuritas romanas de la costa de Veracruz hayan llegado por la vía del Atlántico y no por la del Pacífico, como se cree » (1962 [1960]. n° 2, 17).

²⁵ Citas tomadas de Pericot y García 1962 [1960]. n° 2, 18.

²⁶ EGERTON SYKES, *The problem of Pre-Columbian artifacts of european origin*, en *New World Antiquity*, London, vol. VIII, n° 9, 1961, 115-116.

²⁷ ALICE B. KEHOE. *An hypothesis on the origin of northeastern American pottery*, en *Southwestern Journal of Anthropology*, Albuquerque, vol. XVIII, 20-39.

el punto de vista de los contactos culturales intercontinentales anteriores al siglo xv.

Debemos reconocer que hemos tocado un tema francamente desprestigiado y que ningún americanista —salvo honrosa excepción— considera viable tratar. Es fácil ver que el desprestigio de la ruta atlántica se debe a varias causas, dejando de lado la principal razón que es el vuleco (un poco de moda) de todas las investigaciones hacia el Océano Pacífico de acuerdo a las mejores pruebas invocadas.

Si quisiéramos señalar algunas de las causas del desprestigio tendríamos el abuso acrítico de pasajes de autores grecorromanos en relación con ciertas “profecías” respecto a América, por ser la primera ruta de los exégetas bíblicos ante la novedad americana, por su vinculación con un enfoque a propósito del islario fantástico medieval, etc. No obstante, la joven historia de la antropología americana no aconsejaría ser tan exclusivista; enfoques y esquemas más de una vez debieron ser rehechos.

LOS DATOS REGISTRADOS POR LOS CRONISTAS

a) *Apreciación general de las fuentes.* En los libros de los Cronistas —que constituyen los primeros registros occidentales de los hechos americanos— se pueden señalar varias referencias respecto a la existencia de negros en América del descubrimiento. En todos los casos, y por el contexto, se comprende que los Cronistas entienden hablar de seres humanos “prietos” que nada tienen que ver con los africanos introducidos por los conquistadores en los mismos umbrales del siglo xvi.

Como podía esperarse estos autores tratan el tema sin asignarle mayor importancia y, más bien, se refieren a él anecdóticamente, a propósito de otro tópico que les interesa más. Sus referencias, en general, son ambiguas, imprecisas, de equívoco valor. En algunos casos repiten, sin precisar antecedentes, el mismo dato que, seguramente, copian. La presencia de negros prehispánicos aparece tratado ya sea en relación con el problema del poblamiento de América y, en este caso, el planteamiento es el conocido de emigraciones “históricas” desde Africa (28), ya como el simple registro de curiosidades de la naturaleza nativa o de la historia india americana; en esta última

²⁸ Véase Imbelloni, 1956, 22-23.

alternativa, los escasos párrafos que podemos encontrar son algunas líneas sobre indios “negros” o “enanos” del mismo color. E incluso, a propósito de la coloración la terminología no es más que general, y expresiones como “negro”, “prieto”, etc., son elásticas y subjetivas.

Por último, hay que reconocer la imprecisión de sus determinaciones geográficas y la dificultosa identificación de las etnias. Con todo, hay que reconocer cierta unanimidad en la señalación del área donde se asigna la presencia de negros prehispánicos, a saber, un amplio sector noroeste de Sudamérica, incluyendo parte del Orinoco y las Antillas, en general.

b) *Examen de los Cronistas en particular. Miguel Cabello de Balboa* (s. XVI) al describir las conquistas ecuatorianas de “Topa-Inga”, su marcha hacia el mar —con el propósito de “explorar y descubrir las provincias interpuestas de Quito al mar” (ed. 1945, vol. I, 307) —, el paso por las provincias de los Chimbos y de los Guancavilleas, su cruce del valle de Xipixapa y de allí, por Apeloche, alcanzar Manta, Charapotó y Piquaza, advierte que “en este lugar; fue donde la vez primera el rey Topa-Inga vido el mar, al cual, como lo descubriese de un alto, hizo una muy profunda adoración, y la llamó Mama-Cocha, que quiere decir madre de las lagunas”. Allí organiza una flota de balsas de gran porte y con expertos pilotos del lugar “se metió en el mar”. El Cronista no abunda en pormenores y, a renglón seguido, agrega que el soberano “se detuvo por el mar, duración y espacio de un año, y dicen más, que descubrió ciertas islas a quien llamaron Hagua-Chumbi y Nina-Chumbi”. Aclara Cabello de Balboa que no se atreve a determinar qué islas sean ni cuáles tierras pueden hallarse en esa dirección, pero en seguida agrega este interesante texto: “Las relaciones que de este viaje nos dan los antiguos son, que trujo de allá indios prisioneros de color negro (29), y mucho oro y plata, y más una silla de latón y cueros de animales, como caballos, y de parte donde se puedan traer tales cosas, de todo punto se ignora en este Pirú y el mar que lo va prolongando”. (1945, I, 308).

Este texto, poco menos que igual al registrado por Sarmiento de Gamboa —según veremos más adelante— requiere algunas acotaciones respecto al rumbo del viaje por agua y al valor geográfico de las islas mencionadas. Lehmann se inclina por la derivación mochica del

²⁹ La traducción de Ternaux-Compans, Paris 1840, que es la que utiliza Lehmann, 1930, 332, dice « la peau était noire ».

nombre de ambas islas (1930, 335) y en relación con la conquista del reino Chimú; en este sentido sigue la explicación de von Buchwald⁽³⁰⁾ para quien *Niñachumbi* y *Avachumbi* se aclaran por *chommi*, = lobo del mar⁽³¹⁾, *nina* = *niena*, dentro, en el interior, y *ava* = *ain*, *allá*, y *si ain + na*, ¿de hacia allá?; de cualquier modo, por más atrayentes que sean estas etimologías — que para el caso no aclaran el texto — nos inclinamos a pensar en un viaje por el litoral y hacia el septentrión, acercándose al área Chibcha. Suponemos esto porque se hace más natural pensar de esta procedencia el singular botín de metales e, incluso de cautivar gente negra porque se estaría en la zona de su más señalada frecuencia. Además, un año puede ser el tiempo probable de un viaje litoraleño, con campamentos y exploraciones de reconocimiento. Si se quisiera interpretar el texto geográfico como viaje hacia islas polinésicas plantearía otros problemas que se alejan de nuestro tema, pero esta otra interpretación no puede desecharse, sobre todo luego de los eruditos aportes de Thor Heyerdahl, ya que en este sentido se inclina, francamente, Rivet (1960, 180 ss.).

Nicolás Federmann (s. XVI), que viajó por Venezuela entre 1530-1531, menciona muy de pasada a los indios guaicaríes de Venezuela a quienes describe como “una nación completamente negra” (ed. 1945, 119, cap. XI), retrato éste que encontramos en Castellanos (1522-1605) en el canto II de su “Elegía” a la muerte de Don Diego de Ordaz: “Guaycaríes y algunos Guamonteyes - Morenos altos, buena compostura”⁽³²⁾. La observación de Federmann puede datarse bien a principios de 1531. Según un valioso estudio realizado por M. Acosta Saignes (1954, 221-242) los indios vistos por el explorador alemán sobre el río *Coaheri* = Codejes⁽³³⁾ pueden ser identificados etnográficamente al conjunto de pueblos llaneros, posibles antecesores de los arawacos en el territorio venezolano; lingüísticamente no son conoci-

³⁰ OTTO V. BUCHWALD, en Revista Sdad. Ecuatoriana de Estud. Históricas. Quito 1919, 252. Ver Rivet 1960, 181.

³¹ E. W. MIDDENDORF, *Das Muchik*, Leipzig 1892 : 60. Consúltense las notas de Pietschmann a su edición de Sarmiento de Gamboa, 1906, XXX.

³² Nota en la edición de Nova, Buenos Aires. 1945 : 136, del libro de Federmann; según la cita que hace M. Acosta Saignes, 1954, 230, del libro de JUAN CASTELLANOS, *Elegías de Varones Ilustres*, Madrid 1850, los versos dicen : « Son todos ellos negros como cuervos, más altos y dispuestos que fornidos ».

³³ Véase el mapa publicado por Acosta Saignes, 1954, referencia página 227.

dos (34). En este lugar cita Acosta Saignés a Gilií (35) que describe a los guamos, una parcialidad semejante, como “similares a los negros”, y a Raleigh (36) que presenta a los aroras, probable rama de los guaqueros, “negros como los africanos”.

El ilustre cronista *Gonzalo Fernández [o Hernández] de Oviedo y Valdés* (1478-1557) trae referencias muy indeterminadas e incompletas; la primera de ellas, y que es la transcripta por Lehmann (37), nos dice que al sur de los aldeaños del cabo Canachine (= Garachine), frente al golfo de San Miguel, Colombia, “vivía cierta gente que eran negros”, según referencia de un cacique Jumeto (38). Comas también cita a este Cronista (39) —y es la segunda referencia— en el lugar que habla de la expedición de Vasco Núñez de Balboa a la región del cacique Cuarecua (allí: Careca) pero sin la menor alusión a los negros esclavos.

Del mayor interés son las líneas que consagra a este tema fray *Gregorio García* (m. 1627), en su erudito libro (primera edición 1607) dedicado a exponer todas las teorías existentes en su tiempo acerca del origen de los americanos. En este acápite nos interesa especialmente los siguientes pasajes que transcribimos textualmente: “es tradición de los Indios de Quaraqua haver sido llevados con Tempestad a la Tierra que habitaban, desde las Costas de Guinea, o Etiopía” (40).

Luego amplía así: “Hornio (41) dice, que en Careta, o Quareca, según La Salde, hallaron Negros, aunque pocos, los Españoles, no menos feroces que los Guineos, i Cafres, Esclavos del Cacique Toreca; i aunque presume Laet fuesen estos a Tierra firme, poco antes que Vasco Nuñez de Balboa, era necesario nos dijese por donde llegaron a tan remotas tierras, porque los Indios no sabían más que huviese

³⁴ No obstante, consúltese Tovar 1961, 17.1 y 19.13; existe demasiada incertidumbre.

³⁵ FILIPPO SALVATORE GILII, *Saggio di Storia Americana*, Roma 1780-1784, ver vol. II, 34.

³⁶ Gilií y Raleigh citados por Acosta Saignés 1954, 230.

³⁷ Lehmann 1930 : 330, cita la edición de Madrid 1852 de la *Historia General*, t. II, 455.

³⁸ Lehmann 1920, t. II, ver el mapa con textos y referencias de mucho interés.

³⁹ Comas 1956 : 11, cita la ed. de Guaranía, Asunción, 1944, t. VII, 113, nosotros hemos compulsado la edición de Madrid 1853.

⁴⁰ Libro IV, cap. XXIV, párrafo IV; ed. 1729, 258.

⁴¹ Horn. lib. 3. cap. I, fol. 238. La Salde en la *Carolea Ann.* 1513. « Aquí se hallaron Esclavos del Señor, Negros, que fueron los primeros que los nuestros vieron en las Indias » (cita de G. García).

Costa de Africa, que nosotros de Yucatán, i era preciso, que los pocos huviesen venido de donde había muchos, como con Gomara, i otros refiere Sandoval (42), añadiendo, que S. Luis Bertrán halló serca de Cartagena vna Isla de Negros (43), i los Arquejos, junto a Gutara, están en el nombre publicado su color: i no es extraño, pues los Indios de la Española decían haver llegado a ella Gente Negra de acia la parte del Sur, i Sudueste, que traían Azagayas, con Hierros de Guanín” (44).

Según es sabido, fray Gregorio García abunda en otras pruebas para defender la tesis de un aporte africano en el cuadro humano de América indígena.

Garcilaso de la Vega (1539-40/1615-17) trae una ligera referencia, sin mayor importancia, en su obra “Florida del Inca” (1605), cuando historia las faenas descubridoras de Hernando de Soto. Al señalar el regreso de los españoles y el cruce del Río Grande, dice que “vieron salir de unos juncales siete Canoas que fueron hacia ellos. En la primera venía un Indio, Grande como un Philisteo, y Negro como un Etiópe, bien diferente en color, y aspecto de los que la tierra adentro avían dejado” (45), pero es el mismo Cronista quien fija el alcance de su dato al explicar el color de la piel por efectos del “agua salada” y del “calor del sol”; claro que no deja de ser ésta su interpretación, y hasta podría ser antojadiza explicación frente a un negro auténtico que no articulaba en su esquema indológico.

Varios autores citan al sacerdote *Joseph Gumilla* (1686-1750) por un dato muy poco concreto que puede leerse en su *Historia Natural* (1741), según el cual se habría observado gente negra en las riberas vírgenes del gran río Orinoco; por ejemplo, nuestro Ameghino así entiende su lectura de Gumilla (46). No obstante, en este cronista leemos lo siguiente, en el párrafo titulado “Estatura, facciones y color de los Indios” (47): “Por lo que mira al color de aquellas gentes, no me atrevo a decir cosa fixa y cierta, porque es mucha

⁴² Sandoval de Procurand. *Ætiop. salute*, lib. I, ca. I (cita G. García).

⁴³ Isla que podría ser la que luego veremos mencionada por R. de Lizarraga.

⁴⁴ Lib. IV, cap. XXIV, párrafo IV, ed. 1729: 259. La última referencia a los negros « de la Española » será retomada por autores modernos, por ejemplo Schedl 1959.

⁴⁵ Cito la edición de Madrid CIC ICCXXIII, pág. 248-9; lib. VI, c. X.

⁴⁶ Ameghino 1898, I, 73-74.

⁴⁷ Gumilla cit. ed. 1791, I, 72; cap. V, párrafo 2. La primera edición es de Madrid 1745.

la variedad de sus colores: los Indios que hallamos escondidos en los bosques por lo general son casi blancos; los que andan por los campos descubiertos, si no usan de untarse, son trigueños (48); los Otomacos (49) que navegan los ríos y andan en las playas, son prietos (50) y morenos, porque no usan el defensivo de la untura". En todo caso, las últimas palabras de su texto dan a entender que el color moreno o prieto se debe accidentalmente al medio y no es de naturaleza.

Con *Pedro Gutiérrez de Santa Clara* (s. XVI) reaparece el nombre Cuarecua o Careca — que vimos en Oviedo y Valdés (51) — del siguiente modo: "En el pueblo de Quareta se hallaron dos negros finos, esclavos del Señor Thoreca, que señalaron aver venido allí en balsas de hazia el poniente por esta mar del Sur, que oy día se llama la Nueva Guinea, que está camino de las islas Philippinas, junto a la línea equinocial, o en ella. Porque cuando van los navíos de la Nueva España a las dichas Philippinas, pasan cassi cerca de la ysla de los Negros (52), que descubrió Alvaro de Saavedra, capitán del Marqués del Valle Don Visorrey Blasco Núñez Vela" (53). De primera intención esta referencia parece bastante clara, y, en todo caso, los "negros" deben referirse a tipos melanésidos más que a papuásidos, aunque a ninguno de los ejemplares, si así fuera, podría convenirle muy ajustado el adjetivo de "finos". La situación podría cambiar si se

⁴⁸ Según la fuente clásica que es el *Tesoro de la Lengua Castellana o Española* de SEBASTIAN DE COVARRUBIAS del 1611 (citamos reedición preparada por Martín de Riquer, ed. S. A. Horfa, I. E., Barcelona 1943), s. v. « trigo », fol. 978 a, « trigueño » vale entre « moreno » y « rubio ».

⁴⁹ Véase su localización en Comas 1953: mapa II, área VIII 4. Para estos indios hay numerosas referencias modernas en el *Handbook of South American Indians*, Washington, Smith. Inst. Bur. of Eth., Bull. 143. Véase, especialmente, el artículo de Paul Kirchoff, vol. IV, 1948, 439-444 *et passim*.

⁵⁰ Según la fuente citada en la nota 48 « prieto » es el « color que tira a negro... Es muy usado en el reyno de Toledo, que dizen uvas prietas por negras », s. v. « prieto », fol. 882a.

⁵¹ Con ortografía distinta: Cuarecua, Careca, Quarequa, Careta, Quareca, etc., designa ya sea una región, ya nombre de cacique.

⁵² Recuerda fray Gregorio García 1729, 259; lib. IV, car. XXIX, párrafo IV, que « San Luis Bertrán » halló cerca de Cartagena una Isla de Negros.

⁵³ Gutiérrez de Santa Clara, cit. ed. 1905, t. III, 575-576. Este mismo texto es citado por Lehmann 1930, 311 y Rivet 1920, III, 177, aunque este último con otro propósito.

trastrocara los términos geográficos. Transcribimos, a este propósito, estas reflexiones de Schedl: "Walter Lehmann aclara, oportunamente, que los españoles confundieron los datos geográficos e indiscriminadamente los identificaron con regiones del Pacífico que eran un centro de atracción, de aquí la mención de Molucas, Nueva Guinea, Etiopía, etc. No es éste un fenómeno aislado, sino que corre parejo con lo que sucediera con el mito de 'Eldorado', la 'Ciudad de los Césares' y otras leyendas americanas de base geográfica real pero transpuestas, alteradas y desplazándose como fantasmas inexistentes sobre el suelo de América virgen. De acuerdo a esta corrección queda abierta la posibilidad de invertir los términos y en vez de hacer llegar la gente negra a través del mar de Balboa —lo que también pudo suceder—, suponerla proveniente del interior del continente (Lehmann) o del mismo Atlántico" (54). Todavía no estamos en condiciones de interpretar exactamente el sentido de este y otros textos; pero de cualquier forma, es evidente que los hombres de piel oscura del ámbito melanésico o melanoafricano pudieron dejar registrado en la tradición indígena la sorpresa que causaron.

La presencia de hombres negros sobre el borde oriental de América queda documentada indirectamente por *Antonio de Herrera y Tordesillas* (1559-1625), en su obra "Historia General de los Hechos de los Castellanos", cuya primera edición es de Madrid, 1601-1615. "Dixo también — escribe al hablar de Colón y su tercer viaje— que por aquel camino pensaba experimentar lo que decían los Indios de la Española, que havia ido a ella, de la parte del Sur, i de Sudueste, gente negra, que traía los hierros de las Açagayas, de un Metal, que llaman Guanin, del qual havia embiado á los Reies, hecho el ensaio adonde se halló, que de treinta i dos partes, las diez i ocho eran de Oro, i las seis de Plata, i las ocho de Cobre" (55).

Bien anota Comas (1956, 10-11) que no hay otra referencia semejante a ésta, pero subraya que indica la presencia de negros en la Hispaniola antes de la importación de esclavos. Por nuestra parte destacamos otro detalle importante, el empleo que hacían estos negros —que no eran del lugar, según el testimonio de los mismos na-

⁵⁴ Schedl, 1959, 557.

⁵⁵ Herrera, cit. ed. 1730, 79, Déc. I, lib. III, cap. 9 *in fine*. Recuerdan este valioso texto García, 1729, 259, lib. IV, cap. XXIX, pár. IV; Humboldt 1942, t. IV, nota 53, Quatrefages 1889, t. II, 598, tomándolo éste del abate Brasseur de Bourbourg.

turales— de armas metálicas con una aleación extraña y que no podrían explicarse como procedentes de las culturas aledañas.

Este cronista (1730, 263; Déc. I, lib. X, cap. I), como Oviedo, recuerda el episodio guerrero con el cacique 'Quarequà', 'vestido de Mantos de Algodón', pero sin mencionar negros.

Schedl (1959, 564) cita a los negros de la Hispaniola, con sus puntas de azagayas fundidas con oro, plata y cobre, y se pregunta: "¿Caudillos poseidónicos capitaneando correrías de huestes caribes?"

En fray *Bartolomé de Las Casas* (1474-1566) nos encontramos nuevamente con el nombre Quarequa, ya mencionado por Oviedo y Valdés y por Anglería como lugar geográfico, como señor por Gutiérrez de Santa Clara, López de Gomara y Lozano, y como cacique por Herrera; Las Casas lo califica "un gran señor llamado Quarequa" (56) que en el combate con los españoles: "quedó muerto allí el negro rey y señor, con sus principales" (57). Comas (1956, 11) observa este texto diciendo que no le es favorable la contradicción entre el patronímico Quarequa con el testimonio de Gomara y Anglería de que eran esclavos negros que iban con los indios de Quarequa; en todo caso, nada tiene de extraño que unos tomen el nombre del lugar por el de su dueño y otros viveversa. Véase un poco más adelante el texto de Mártir de Anglería.

Fray *Reginaldo de Lizarraga y Obando* (1540-45/1615) nos lleva a un problema que dejamos planteado al tratar a Gutiérrez de Santa Clara. En su "Descripción breve", escrito entre 1591 y 1603 (58), en el capítulo 46 del libro II, titulado: 'De como los nuestros llegaron a una isla poblada de negros y de las refriegas que con estos hubo' (59), habla de una isla Oceánica del Pacífico que se halla a la altura de Callao y camino a las Filipinas; tierra alargada, volcánica y lejana. Sus habitantes son todos "negros tiznados" (1916, II, 209) y utilizan flechas envenenadas; el que parecía ser el rey conocía la palabra 'capitán' en español. ¿Existe transposición geográfica, como sospecha Lehmann? (60).

⁵⁶ Lib. III, cap. XLVII; ed. 1951, t. II, 591. Su Historia escrita en 1559, su primera edición es de 1871.

⁵⁷ Lib. III, cap. XLVII; ed. 1951, t. II, 592.

⁵⁸ El título completo es Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de La Plata y Chile.

⁵⁹ Ed. 1916, t. II, 207. El título no está en el manuscrito.

⁶⁰ Ver nota 54.

Francisco López de Gamara (1510-1560) trae este párrafo, en el capítulo LXII, tomo I, de su 'Historia General' (concluida en 1552): "Entró Balboa en Cuareca; no halló pan ni oro, que lo habían alzado (61) antes de pelear; empero halló algunos negros esclavos del Señor. Preguntó de donde los habían, y no le supieron decir o entender más de que había hombres de aquel color cerca de allí, con quien tenían guerra muy ordinaria (62). Estos fueron los primeros negros que se vieron en la India, y aun pienso que no se han visto más" (63).

Pedro Lozano (1697-1752) sólo hace mención a un lejano origen africano de la población americana, luego de la tercera guerra púnica; la ruta habría sido el Atlántico, siendo arrastradas las embarcaciones por los vientos hasta el Brasil (64). Si este dato tiene algún interés es tomándolo como reflejo tardío y etiológico de relatos de antiguos viajes tranatlánticos de melanoafricanos de las altas culturas guineanas. De cualquier modo, si registramos este antecedente es porque existe una línea de autores antiguos —de los cuales Lozano es uno— que explican el poblamiento de América por medio de algún aporte africano; reconocemos que nuestro tema es más restringido que el que se propone la mencionada teoría etnogenética americana, pero esta última bien merece ser tenida en cuenta en esta revisión.

Un buen texto encontramos en *Pedro Mártir de Anglería* (1457-1526), consignado en sus 'Décadas', que se puede fechar en 1530 aproximadamente: "Encontramos allí esclavos negros de una región que dista de Cuareca sólo dos días, en la cual no se crían más que negros, y estos feroces y sobremanera cruel. Piensan que en otro tiempo pasaron de la Etiopía negros a robar, y que, naufragando, se establecieron en aquellas montañas. Los de Cuareca tienen odios intestinos con esos negros, y se esclavizan mutuamente o se matan" (65). El

⁶¹ Se lo habían llevado y ocultado los mismos nativos.

⁶² Comúnmente,

⁶³ Tomamos el texto de Lehmann 1930, 330, según la edición de Madrid 1877, I, 193 ss. En forma general recuerda este pasaje fray Gregorio García 1729: 259, Lib. IV, cap. XXIV, párrafo IV; también Humboldt, 1942, IV, nota 53; Ameghino 1898, I, 72.

⁶⁴ Lib. I. cap. XV; ed. 1874: I, 361.

⁶⁵ Déc. III, lib. I. c. II, *in fine*, ed. 1944, 200. Citan este texto Wright 1902, 217, Lehmann 1930, 330 (en latín), Jeffreys 1953, 88. Ratzel 1889, II, 423, no da mayor importancia a este párrafo documental sobre las « supuestas tribus negras del istmo ni a las palabras de Pedro Mártir... ».

interés de esta mención es su claridad al distinguir la gente de Cuarecua de los negros y de indicar que estos constituían un pueblo y que algunos estaban esclavizados. Más aún, si por Etiopía se entiende Africa —lo que es posible—, da a entender que grupos africanos navegaban regularmente, o con cierta regularidad a las costas americanas, de donde luego regresaban. Sólo un naufragio pudo detenerlos y obligarlos a enquistarse en un medio social hostil y resentido a su condición de piratas. Fuera como fuere, alude a viajes transoceánicos de marinos africanos precolombinos.

Fernando Montesinos, segunda mitad del siglo XVII, presenta un texto de interés; alude a la amenaza que sobre el Tahuantinsuyo significaron hordas provenientes de los Andes y del Brasil y entre las cuales había hombres de piel oscura. En tiempos de Titu Yupanqui Pachacuti, “que es el sexto de este nombre... vinieron grandes ejércitos de gentes ferocísimas, así por los Andes como por el Brasil, hacia Tierra Firme, hicieron grandes guerras y con ellas se perdieron las letras... y que los hombres feroces que por los Andes venían... entre ellos había algunos de color prieto...” (66). Vale la pena tener presente este texto, como otro que cita en el capítulo XV (p. 88-89), para sostener la hipótesis del trastrocamiento de la orientación geográfica, pues, aparte del sólo interés por la mención de individuos “prietos”, alude a violentas y crueles invasiones venidas poco menos que de regiones desconocidas, situadas o al septentrión o al oriente del imperio incaico.

En la “Relación” de *Hernando de Ribera*, fechada el 3 de marzo de 1545, leemos este pasaje, luego de oírle hablar de las famosas amazonas: “y que adelante de las poblaciones que están passados los pueblos de las mujeres ay otras muy grandes poblaciones de gentes, los cuales son negros..., tienen barvas como aguileñas, a manera de moros. Fueron preguntados como sabían que eran negros; dixerón que porque los avian visto sus padres y se lo dezian otras generaciones comarcanas a la dicha tierra, y que eran gente que andavan vestidos, y las casas y pueblos las tienen de piedra y tierra, y son muy grandes, y que es gente que poseen mucho metal blanco y amarillo... y pregunto a los dichos indios a que parte demoravan los pueblos y habitación de la dicha gente negra, y señalaron que demoravan al

⁶⁶ Ed. 1930, c. XIII, 79 y XIV, 80. Muy de pasada lo cita Quatrefages 1889, II: 593; también Lehmann 1930, 332.

Norueste, y que si querían ir allá, en quince jornadas llegarían a las poblaciones vecinas y comarcanas a los pueblos de los dichos negros, y a lo que le parece, según y la parte donde señaló, los dichos pueblos están en doze grados a la vanda del Norueste, entre las Sierras de Santa Martha y del Marañón...” (67). Estamos de acuerdo con Gandía (68) que se trata de una “exacta noticia y descripción de la civilización incaica”, pero no deja de llamar la atención la interpretación de un hecho real a través de elementos referidos a negros, como si una y otra noticia se contaminaran recíprocamente.

Con *Pedro Sarmiento de Gamboa*, de la segunda mitad del siglo XVI, en su “Historia del Imperio Incaico” (69) encontramos el mismo texto que vimos en Cabello de Balboa, no obstante agrega un nuevo dato para ubicar las islas Avachumbi y Niñachumbi: “Estas son las islas que yo el año de sesenta y siete a treinta de noviembre descubrí en el Mar del Sur, doscientas y tantas leguas de Lima al poniente de Lima, yendo al gran descubrimiento de que yo dí noticia al gobernador e licenciado Castro...” (70), aunque todavía no sea posible identificarlas.

Según Ten Kate (1884, 565), *Juan Torquemada*, entre los siglos XVI y XVII, en el libro V, cap. XLVIII de sus “Libros Rituales y Monarquía Indiana” (1613), refiere que durante el viaje de Sebastián Vizcaíno, en 1602, cerca de la península de California, al visitar la Bahía de San-Bernabé los naturales al ver a bordo a un negro declararon que ellos también estaban en relación con otros (71): “... y le dieron a entender, tenían ellos amistad, y trato, con algunos Negros; y que por allí cerca de aver alguna población de Negros...” (72).

c) *Sinopsis sumaria de estos antecedentes*. Si procuramos reagrupar las informaciones registradas por los cronistas en una de las tres categorías siguientes: *afirmativa*, cuando hablan de negros; *dudosa*,

⁶⁷ Ed. 1906, I, 733.

⁶⁸ 1929, 37, nota 26.

⁶⁹ Citamos la ed. 1906, según Prietschman, la misma que utiliza Lehmann 1930, 331-332.

⁷⁰ Ed. 1906, 91.

⁷¹ Ameghino 1898, I, 7, cita un texto semejante pero lo atribuye a La Pérouse.

⁷² El mismo cronista, lib. I, cap. IV *in fine*, menciona otros negros en relación con el Estrecho de Magallanes, pero son datos demasiados vagos y aquí sólo lo recordamos.

cuando los textos no son claros, y, según *interpretación*, cuando los datos pueden ser afirmativos según una exégesis favorable en ese sentido, tendremos la siguiente sinopsis:

Afirmativos	{	Federmann
		García
		Gutiérrez de Santa Clara
		Herrera
		Las Casas
		López de Gomara
		Lozano
		Anglería
		Montesinos
Según interpretación	{	Cabello de Balboa
		Lizarraga
		Ribera
		Sarmiento de Gamboa
		Torquemada
Dudosos	{	Fernández de Oviedo y Valdés
		Garcilaso de la Vega
		Gumilla

Concluimos este párrafo citando la siguiente reflexión negativa de Krickeberg —a la cual ya aludimos en la introducción— (1946, 22-23), y pronto se verá por qué la citamos: “Ni siquiera puede concederse mucha importancia al hecho de que ciertas noticias de fuentes españolas de la época de la conquista parecen indicar la presencia de elementos negroides en varios lugares de los litorales occidentales de América, por ejemplo en California y Panamá, porque la dispersión de la raza de Lagoa Santa es muy extensa en América y seguramente mucho más antigua que los movimientos migratorios de los melanesios en el sur del Pacífico”.

Con toda intención cerramos esta parte con las líneas del competente autor alemán, porque creemos que muchos como él confunden problemas y fuentes distintas: una cosa es el problema raciológico del poblamiento más antiguo de América y otro el de contactos y aportes melanoafricanos, con especial referencia a altas culturas, siglos antes del Descubrimiento. Los dos problemas existen, el raciológico y el histórico; asimismo, es desigual la calidad del material para tratarlos. Por último, no hay motivo para interpretar los escuetos datos de los cronistas en el exclusivo sentido de referirse a pobladores negros posthispanicos.

d) *Algunas consecuencias derivadas de este tipo de documentación.* Resumiendo lo dicho en el párrafo a) recordamos: 1) Los cronistas tratan el tema subsidiariamente; 2) no se preocupan por los antecedentes; 3) se copian entre sí; 4) lo hacen a propósito del interrogante: ¿cómo se pobló América? o 5) de paso, al señalar una de las tantas singularidades del Nuevo Mundo; 6) no le dedican muchas líneas, y 7) las más de las veces imprecisas; 8) tanto por la terminología empleada como por la vaguedad de la ubicación geográfica, aunque hay 9) cierta coincidencia en indicar el NW de Sudamérica, parte del Orinoco y las Antillas como los lugares donde fueron vistos los “negros”.

Agreguemos todavía: 10) los cronistas citados cubren un lapso de cuatro siglos; 11) representando diecisiete autores; 12) de los cuales nueve son por la afirmativa, cinco dependen de cómo se los interprete y tres son francamente dudosos; 13) los datos más claros, dentro de sus contradicciones, son los que se refieren al istmo de Darién y en relación con el viaje de Vasco Núñez de Balboa (1475-1517); 14) cuando hablan de negros, unos entienden directamente referirse a melanoafricanos, otros a “cartagineses” y otros a particulares humanidades del Nuevo Mundo.

Debe reconocerse: 15) que, aisladamente, los cronistas no sirven para resolver el problema de la presencia o no de negros prehispánicos, pero 16) colocados en el cuadro más completo de otras demostraciones constituyen un antecedente de sumo interés, ya sea 17) por las últimas tradiciones que pudieron recoger o porque registraron observaciones de una realidad antropológica en vía de extinción, fenómeno éste acelerado por los acontecimientos del descubrimiento y conquista.

Finalmente, queda la impresión que el examen de estas fuentes debe ampliarse en manos de especialistas, afinando la exégesis crítica a la luz de los actuales conocimientos históricos, geográficos y etnológicos.

LOS AUTORES Y SU BALANCE

En su extraordinario libro “La antigüedad del hombre en el Plata”, *Florentino Ameghino* ya se había planteado el problema de la existencia de negros prehispánicos y cita, sin mayor preocupación por la exactitud de sus referencias bibliográficas, las que entonces y ahora

todavía constituyen las fuentes obligadas o básicas. Adelantamos que su posición es favorable en el sentido de reconocer la existencia precolombina de negros. Recuerda un texto de La Pérouse muy impreciso, en donde se lee: "En las costas de California había tribus de indios tan negros como los negros de Guinea, aunque no tenían el pelo lanudo" (73). Luego, en base a Quatrefages, a quien veremos en particular, menciona a los "caribes negros" de la isla de San Vicente, en el golfo de México, los yamassis de la Florida y el encuentro de Balboa — que nosotros hemos estudiado en su lugar — en el istmo de Darién, 1513, con "verdaderos negros". Menciona ciertas tradiciones peruanas según las cuales, en tiempo de Titu Yupanqui, "el Perú fue invadido por legiones en las que venía un gran número de negros". Trae a colación al 'Popol-Vuh' que hablaría "de negros que en tiempos remotos habrían ocupado" el territorio de los quichés, y, por último, escribe que Gumilla — estudiado en otro lugar de este trabajo — nos hace saber que sobre el borde del Orinoco existían verdaderos negros (1898, I, 71-74). Ameghino no se ocupa mayormente por el tema, y si lo hace es dentro de un planteamiento heterogéneo de antecedentes que sirven de introducción a su mencionada obra, antecedentes que pronto dejará de lado para ocuparse de hechos concretos de prehistoria, arqueología y antropología que le interesan más.

F. A. Allen, en 1878-79, sostenía que el más antiguo substrato polinesio era de negros provenientes de Africa oriental y que luego pasaron a América, explicándose así que hacia el 900, aproximadamente, antes de Cristo, hubieran tribus negras en nuestro continente (74).

⁷³ Ameghino 1898, t. I, 71. El texto de La Pérouse que cita parece tomano de una edición francesa que no precisa. Nosotros hemos consultado J. F. G. DE LA PÉROUSE, *A voyage round the world, in the years 1785, 1786, 1787 and 1788*, edited by M. L. A. Milet-Mureau, London, J. Johnson, 1798. En el tomo II, página 212 de esta edición sólo leemos esta lacónica noticia: « The colour of Indians [del N. de California], wick is that of negroes... ». En la ed. cit. véase mapa t. I, 448-449. Topinard (s. f. : 496) cita así a La Pérouse: « Les Californiens ont le teint semblable à celui de Nègres dont les cheveux ne seraient pas laineux; à ne voir que le couleur on se croirait, parmi eux, dans une plantation de l'île Saint-Domingue ». A continuación agrega este texto de Rollin: « Leurs cheveux sont longs et très solides; ils ont le front bas, des sourcils épais et noirs, les yeux enfoncés et noirs, le nez court et déprimé à la racine, les os malaires saillants, une grande bouche, des lèvres épaisses et de belles dents ».

⁷⁴ F. -A. ALLEN, *The original range of the Papuan and Negrito race*, en *Journal Anthropological Inst.*, London, VIII, 1878-1079, según Germain 1922, 122, nota 3.

Armando de Quatrefages, 1889, se ocupa con cierto detenimiento de la existencia de negros prehispanicos en América. Sin desconocer la presencia esporádica de éstos en el Nuevo Continente, no les da mayor importancia y más bien trata el asunto a propósito de demostrar la facilidad de viajes transatlánticos desde Africa, aprovechando la llamada gran corriente ecuatorial. Esta explica la presencia y la repartición geográfica de algunos negros que pasaron desde Africa a América; así, por ejemplo, el encuentro que tuvo Balboa y los "caribes negros" (75), anteriores a la importación de esclavos a las Antillas; los yamassis en la Florida y los charrúas del Brasil presentaban la misma coloración. Luego de recordar la tradición peruana acerca de la invasión de hombres negros, aclara que los negros no se han conservado igualmente en todo lugar; por ejemplo, los mencionados por Gomara en el caso de Balboa podrían ser verdaderos negros, pero ya no entre los charrúas, que sólo lo serían por el color de la piel, ni entre los yamassis considerados mestizos. A continuación analiza la genealogía de un jefe de los ochlewahaw seminolas, llamado Micanopy, con sangre negra yamassi, que era bastante oscuro y presentaba los cabellos ligeramente ondulados, nada propio "de las razas amarillas o rojas" (1889, 406-407) (76). Los yamassis, del grupo chahta-muskoki o muskoghi, de la vertiente atlántica, ya no existen, y los "caribes negros", *Black Caribs*, de San Vicente, fueron transportados por los ingleses en 1796 a la isla Roatan y a Trujillo, sobre la costa de Hondurass, en donde se mezclaron con negros (77). Estos ejemplos, que se repetirán en la literatura, no son nada definitivos, y excepto los negros de Gomara y Balboa en el Darién, los otros pue-

⁷⁵ Larco Herrera 1934, 90-91, cita a este propósito a Martín de Anglería: « Encontramos gentes de tribus que se ocultaban en chozas, que primeramente huían y luego se acercaban atraídos por golosinas y naderías con que los brindaban conquistadores. Eran de raza casi negra, los caribes, de color aceitunado ».

⁷⁶ Estos datos están brevemente en 1883, 148-150. « Les Charrúas, dit Prichard -según Topinard (s. f. 497)-, se rangent par leur couleur parmi les races noires ou celles qui se rapprochent du noir à peine mélange d'un peu de rouge... ». Según Broca, citado por Dally 1862, 410, la piel de los charrúas, conservada en el laboratorio de Florencia hacía más de veinte años, era de un color casi negro.

⁷⁷ Deniker 1926 : 674. Acerca de los llamados « Caribes negros » véase Paul Kirchoff, en *Handbook of South American Indians*, Washington 1948, Smith, Inst. Bur. of Eth., tomo IV, 219 ; Irving Rouse en *id.* 548, y Morris Steggerda, en *id.* 1950, vol. VI, 87 ; en todos los casos son considerados híbridos. Ver, también, Douglas Taylor, *The Black Carib of British Honduras*, Viking Fund Publications in Anthropology, n° 17, 1951.

den ser muy bien híbridos de indios y negros esclavos, o sencillamente indios; parece dificultoso admitir que tanto se trate de melanoafricanos arrastrados por la Corriente Ecuatorial o venidos al modo "vikingo", hayan podido colorear tan intensamente al nativo o constituir verdaderos pueblos.

R. R. Wright (1902), que cree que haya evidencias para sospechar la presencia de negros precolombinos, señalando, a este propósito, el episodio de Quarequa, según Anglería, cita una carta de *Justín Winsor* en la cual éste, además de referirse a la Corriente Ecuatorial que pudo traer canoas guanches y africanas, recuerda que cráneos hallados en cuevas de las Bahamas parecen ser semejantes a otros extraídos de antiguas tumbas de las Canarias y que antiguos ceramios americanos representan fisonomías de netos rasgos negros ((*Wright* 1902, 217). Como puede apreciarse, son datos vagos, generales, inorgánicos, pero estos autores, como otros, anuncian un problema que, dentro de todas las imperfecciones con que es planteado, con los antecedentes que invocan y otros materiales que pueden ser agregados, trae aparejada una serie de cuestiones antropogenéticas y culturoológicas que maduran lentamente hasta el punto de llegar a la necesidad de considerarlos en una síntesis más ordenada, completa y crítica, y que es, precisamente, lo que procuramos hacer aquí. Hoy mismo cuesta presentar este problema. Su novedad, por así decirlo, pese a su vetustez, y la falta de estudios monográficos especializados, constituye un serio obstáculo para tratarlo.

En la monumental y ya anticuada obra de *A. Chavero* (s.f., tomo I, 63-64), restringiendo el problema al valle de México, se formula la pregunta de quién pudo ser su habitante en las épocas más remotas, y responde: "No dudamos en contestar que fue el otomí", pero reconociéndose que esta solución no llega a tocar la raíz; se la complementa con la posibilidad de "la existencia del hombre negro en México", el mismo hombre negro que todavía sobrevive en la península india y que el raciólogo moderno clasifica entre los vedoides o dravidianos platirinos, pero que en "nuestro continente apenas quedan las huellas del hombre negro". Las demostraciones son las siguientes, luego de dejar sentada la doble premisa de que la raza negra fue la primera del mundo y en otra época los continentes estuvieron unidos: en México todavía los últimos sacerdotes otomíes se pintaban de negro "como si fuera recuerdo de los introductores del primer culto"; "huellas claras" de tipos negros se encuentran en algunas cabecitas

de Teotihuacán y en una máscara de serpentina “de tipo clarísimo”; estas cabecitas serían de gran valor probatorio porque representarían retratos de personas reales. Algunas de tales cabecitas presentan “nariz abultada y achatada y los labios salientes”. Otra prueba es la cabeza colosal de Hueyapán (nombre de la localidad), descubierta en 1860, cerca de San Andrés de Tuxtla. “Su tipo es claramente etiópico”. También lo es la figura labrada en una gran hacha de granito encontrada en la costa de Veracruz: “la parte superior del hacha es una cabeza de hombre parecida a la de Hueyapán... pero el tipo negro es más marcado, más claro lo chato de la nariz y más pronunciados los salientes bellos”. Pero la prueba parentoria de la antigua existencia de la raza negra en nuestro continente consiste en que todavía se encuentran sus restos y de otros nos hablan los cronistas primitivos. Los pueblos existentes son, según la enumeración de Chavero: los caracoles de Haití, los califurnams de las islas Caribe, los arguahos de Cutura, los aroras o yaruras del Orinoco, los chaymas de la Guayana, los manjipas, poreijis y matayas del Brasil, los nigfitas, chuana o gaunas del istmo de Darién, los manabi de Popayán, los guabas y jaras o zambos de Honduras, los esteros de la Nueva California, los indios negros encontrados por los españoles en la Luisiana, etc. Pero, por más que se establezca, dice, que la raza negra sea la primera en la tierra y que trajera a este continente sus ideas religiosas y culto propio, no fue más que “un ave de paso”.

De todas las pruebas señaladas por Chavero, las únicas que merecerán ser tenidas en cuenta son las de naturaleza arqueológica, especialmente la pieza señalada como de Hueyapán y que nosotros volveremos a encontrarla cuando mencionemos los hallazgos de La Venta, México.

Sin detenernos en la observación de *D. Jenness* sobre la existencia de un tipo negroide entre los esquimales de la tribu Copper (78), incluimos en esta lista el libro en dos tomos de *Carlos Cuervo Márquez* (1920), en donde se aprovecha del material de Chavero y se agregan otros con dibujos pésimamente ilustrados. Recurre a la hipótesis de la Atlántida (t. I, cap. XV, 263), cita la estatuaria de San Agustín, Colombia, el encuentro de Vasco Núñez de Balboa en Panamá con negros y la existencia de tradiciones de hombres pequeños y negros en el Darién (I, 201-202, 270-272 y II, 24). En conjunto y dentro de

⁷⁸ En Rep. of the Canadian Arctic Expedit., 1913-1918, vol. XII, Ottawa, Canadá, 1923.

las repeticiones que se encuentran en los dos tomos, su aporte es mediocre y sus datos son tomados, indudablemente, de Chavero, y de ambos se aprovechará, luego, Víctor Larco Herrera.

A *Walter Lehmann* debemos dos trabajos importantes que, si bien no tienen por tema exclusivo el tópico que nos ocupa, le dedican párrafos substanciales y documentados; uno es de 1920 y el otro de 1930. En el primero, "Zentralamerika", tomo II, en leyenda sobre un amplio mapa, menciona el hallazgo de melanodermos por parte de Balboa, 1513, según varios cronistas, y cree que no podrían ser negros prófugos de las Antillas y los compara a los juri de Koch-Grünberg, con cabellos crespos, y con los macu o makú. En el segundo trabajo, titulado "Die Frage völkercundlicher Beziehungen Zwischen der Südsee und Amerika", es mucho más amplio. Cita a Federmann y los "guaycaries", a Quatrefages, a E. J. Vergara y Velazco (79), a Gutiérrez de Santa Clara en su "Historia de las Guerras Civiles del Perú", a Sarmiento de Gamboa, a Miguel Cabello, a Montesinos — todos estos cronistas ya los hemos visto —, a Wiener (1880), por su reproducción de vasos preincasicos con representación de negros — los cuales veremos más adelante —, aunque reconoce que pueda tratarse solamente de esclavos; a Wegner, que trató de relacionar a los sirionó con negritos y papuas, y a este propósito Lehmann cree necesario (1930, 334) llamar *nerigno* a todo elemento racial negroide propio de Sudamérica, sin relación con Africa. Es a este autor a quien debemos la importante observación de que los primitivos cronistas de América pudieron trastocar los datos geográficos y hacer venir del Pacífico lo que venía del Este, como es el caso de la invasión de negros sobre el Perú.

A comienzos de la tercera década, *Roland B. Dixon* sostiene la presencia en América de un tipo protonegroide, dolicocefalo, platirrino,

⁷⁹ Nueva Geografía de Colombia. Bogotá 1901, tomo I, 878, en donde dice que en la región Cuna (Darién) no hace muchas décadas « vivían salvajes de piel negra », cita de escaso valor por cuanto ya no se tiene en cuenta las enormes posibilidades de tratarse de melanodermos de importación esclavista, sus descendientes, etc. El texto integro de Vergara y Velazco es el siguiente: « Según informe de uno de sus principales jefes, en esas montañas existían hace diez años restos de una población aborigen, de reducida talla, negra de piel, muy escasa en número (100 a 200) y enteramente salvaje; refería que los Cunacunas quitaron a ese pueblo el terreno que hoy ocupan después de una gran matanza y temen encontrar a algunos de ellos que quedaron por creerlos hechiceros y hasta demonios » (apud Lehmann 1930, 331).

alto, de piel muy oscura y de pelo rizado o muy crespo; este tipo, originario del norte y oeste de Africa, se encontraría, todavía, entre algonquinos e iroqueses.

E. A. Hooton, en sus estudios "The Indians of Pecos Pueblo" (Philips Academy of Andover, Mass, 1930), "Racial Types in America and their relations to Old World types" (The American Aborigenes, Toronto, 1933) y "Up from the ape" (New York, 1937), desarrolla la tesis sobre la presencia de un tipo netamente negroide en América.

En 1934 aparece un libro de *Víctor Larco Herrera*, de real interés para la bibliografía sobre nuestro tema. No se trata de un trabajo de investigación como tampoco trae aportes originales —ya dijimos que cosecho mucho de su material de Chavero y Cuervo Márquez—, pero trata el tema con una amplitud que nadie le iguala; además, pone tanta convicción en sus afirmaciones que logra —en un público profano— fuerte persuasión. Hay que reconocerle el mérito de haber señalado un vasoretrato y otro con el tema en bulto de una mujer, ambos chimú, como documentos de una raza negra precolombiana. Categóricamente afirma que "los primeros habitantes originarios de América, fueron cobrizos, blancos y negros". Transcribe, sin mayor acierto, textos de los más variados y desiguales autores. Ricardo Levene, Arturo Ponanski, Diccionario Espasa, Voltaire, Prescott, etc., e incluso reproduce (1934, 90) dos fotografías tomadas en Lima, de 'negros aceitunas' sin ninguna preocupación cronológica ni genealógica. El capítulo VI se titula: "Aborígenes de piel negra", en donde, al lado de una lista heterogénea de tribus —que copia de Chavero— habla del "dios negro de los Mayas" y la "célebre vasija de Chamá" (1934, 87, 97 y 101).

Víctor Larco Herrera distingue los negros autóctonos de los que llegaron de Africa. "Yo puedo afirmar —dice— que negros africanos, siglos atrás, llegaron a la costa de América, y dejaron familia. Por la cerámica de Chimú, Perú, puede darse por evidente lo expuesto. Presento dos láminas que contienen dos tipos —hombre y mujer— y que corresponden a unos huacos del Museo Arquelógico Peruano. Tales piezas arqueológicas, indican, pues, que en mucho tiempo atrás hubieron negros africanos por costas peruanas, lo que en recuerdo de ello se fabricaron dichos huacos y cuya fecha se remonta a muchos siglos antes de la llegada de los conquistadores de España. Es muy cierto que antes de la llegada de negros de Africa, en condición de

esclavos, habían visitado muchos de éstos América en condición de aventureros del mar” (1934, 92).

Arthur Ramos (1937, 80, nota) ⁽⁸⁰⁾, dedica una breve nota a nuestro tema, pero es de bastante interés por tratarse de un autor de reconocida autoridad antropológica. Leemos en ella que el profesor *Leo Weiner*, de la Universidad de Harvard, en base a sus investigaciones aceptaba el viaje de negros africanos a este continente antes que Colón. Supone el estudioso norteamericano que muchas prácticas religiosas, ritos, ceremonias y palabras de los indios antillanos sean de origen africano, así, por ejemplo, ‘canao’, ‘batata’ y ‘yan’, como también el hábito de fumar ⁽⁸¹⁾. Los africanos habrían cruzado el Atlántico partiendo de la región de Guinea. Recuerda que según varias autoridades el piloto de la nave colombina ‘La Niña’ era el negro P. Alonzo. Las pruebas — como se podrá apreciar por su sólo enunciado — no son de primera calidad. Parte de la hipótesis de Weiner ha sido refutada por *Elise Richter* ⁽⁸²⁾, especialmente en lo que se refiere al uso del tabaco que relacionaría a indios americanos precolombinos con africanos. Por su parte *Aguirre Beltrán* (1946, 104) rechaza la existencia de una toponimia mandinga en el nahuatl precortesiano, lo que es distinto reconocer su importante influencia toponímica en el México del siglo XVI ⁽⁸³⁾.

⁸⁰ Ramos remite a *Negro Year Book*, Tuskegee Institute, 1925-6, 189. En otro lugar (1944, 98) señala, también, la existencia, entre los indios nambicuaras, de un grupo con « ciertos caracteres negroides », se refiere a los tapanjunos o topanhunus que se estimarían como descendientes cruzados de indios y negros esclavos prófugos. Tapanhunus ha sido interpretado como « indios negros » (Ramos) o « bárbaros negros » (Sampaio). *Roquette-Pinto* (1938, 53) dice a este propósito que la existencia de una tribu de negros nunca pasó de un hecho legendario, repetido por autores de nota. « O nome (tapanhunus) dever ter sido aplicado, a titulo de alcunha pejorativa, a indios escuros de algum tributario da bacia do Jurueua ».

⁸¹ Weiner sostiene (1920 y 1921) que la voz tabaco no es americana sino derivada del árabe de cuya medicina pasó a portugueses y españoles, que el tabaco es de origen africano. *Roland B. Dixon*, en dos artículos, ambos publicados en *American Anthropologist*, n. s., vol. 23. n.º 1, 1921, 19-49 y 94-97, procura demostrar que la palabra tabaco era conocida en América mucho antes que entrara en contacto con Europa (1921, 48).

⁸² *ELISE RICHTER*, *Zu Leo Weiner's and the Discovery of America*, en *Anthropos* 1928, t. XXIII, 436-447. *Pericot y García* 1936, 383 y 424, también cita esta crítica.

⁸³ Véase *LEO WEINER*, *Africa and the discovery of America*, 3 vol. Philadelphia 1920-1922, especialmente vol. III, cap.: « The Mandingo elements in the Mexican Civilization ».

En 1948 apareció el libro de K. M. Johnson, cuyo título es muy expresivo: "The dark race in the dawn; proof of black african civilization in the America before Columbus" (Nueva York), pero es D. W. Jeffreys quien, en una serie de trabajos, acopia y sistematiza los argumentos y pruebas aducibles en favor de la tesis. Su trabajo de 1953, "Pre-columbian negroes in America", aparecido en la prestigiosa revista 'Scientia', resume muy bien sus ideas. Considera que negros y árabes (84) llegaron cinco años antes de Colón a América. Los árabes eran extraordinarios navegantes y empleaban la brújula de procedencia hindú; conocieron la India antes que Vasco de Gama y vendían esclavos negros a los chinos. Recuerdo de esta ciencia de navegar, con el auxilio de longitudes y latitudes y el meridiano cero de los astrónomos hindú que pasaba por la sagrada ciudad de Ujjaim, fue el mencionado piloto de 'La Niña'; ya entonces los árabes estaban muy mezclados con los negros. Los árabes conocían las Azores muchos siglos antes que ese mal navegante que fue Colón. Como no hay prueba histórica —fuera del nombre Brazil— de que los árabes alcanzaran a América, es necesario recurrir a pruebas indirectas (1953, 120). Considera que los árabes cruzaban el Atlántico con grandes embarcaciones a vela. Cita la obra de Weiner en donde se acepta que en el Darién habitaban negros; también cita a Pedro Mártir de Anglería y a Pedro López de Gomara; por el hecho de que los Cronistas pudieron recoger los datos de constantes encuentros armados entre negros e indios supone que los negros habían llegado hacía tiempo. Recuerda las pruebas de Wright —que vimos líneas arriba— y las del atlantólogo I. Donnelly: "Atlantic. The Antediluvian World", London 1950, este último autor señala en las esculturas de Chichen-Itzá —junto con los hombres barbados— otros de cráneos estrechos, labios gruesos y cabellos cortos, enrulados o lanosos, asociados con porta estandarte o parasol. Donnelly explica la existencia de estos negros por medio de Atlántida y de sus navegantes o por obra de otros marinos muy antiguos. Jeffreys trae en su ayuda al antropólogo A. E. Hooton quien, en uno de sus libros dice que en el valle del río Pecos, entre Texas y Nuevo México, encontró unas sepulturas precolombinas con cráneos pseudonegroides muy parecidos a los de los grupos procedentes de los lugares de Africa en donde éstos experimentan la influencia hamítica blanca; por otra parte, desde el punto de vista métrico y de los ín-

⁸⁴ Los árabes, que traían esclavos, llegarían a este continente en el 1000 de C. Jeffreys 1953, 967 ss.

dice el tipo pseudonegroide de Pecos se aproxima mucho más al negro africano que a cualquiera de los otros tipos contemporáneos de Peco. La prueba no es muy precisa ni documentada y Jeffreys pasa a otras que resumimos. La *cypraea moneta*, halladas en Roden Mounds de Estados Unidos y anteriores a todo contacto blanco (85), la presencia de perros mudos (86) que llamaron la atención de Colón y, además, “¿no es una coincidencia que los perros de los negros de África no ladrarán?” (1953, 124). El igname y el taro (87) eran cultivados en África antes que Colón desplegara velas hacia América, la mandioca fue reconocida por Colón en Guinea y en Cuba (Jeffreys 1953, 125 y 1957-1958, 1-5). El maíz, originario de América —seguimos con los argumentos de este autor—, fue llevado a África por los árabes antes del descubrimiento (1954) (88). Por crónicas se sabe que en 1324 una enfermedad exótica ataca la caravana de Mansa Musa en Touat (In-Salah), sus miembros sufren una afección de los pies del tipo que ocasiona la *Pulex penetrans* que es una especie particular de América Central, quizás la *nigua*, *Sarcopsylla penetrans* (89). Por último, este

⁸⁵ Cita W. J. JACKSON, *Shells as evidence of the migration of Early Culture*, Manchester 1917, 186-188. Véase por una puesta al día de esta cuestión y su crítica a Imbelloni 1956, cap. XIII.

⁸⁶ Herrera, *Déc. t. I*, lib. I, cap. 14 y II, II, 13.

⁸⁷ Para la visión actual y crítica sobre la procedencia de estas plantas véase SALVADOR CANALS FRAU, *Las dioscóreas (ñames) y su introducción en el Nuevo Mundo*, en RUNA, Archivo para las Ciencias del hombre, Univ. Bs. As., 1956-1957, 28-42, y *El taro (Colocacia antiquorum) y su introducción en América*, en *id.*, 232-240; del mismo, *Las plantas cultivadas y el origen de las culturas agrícolas americanas*, en Revista de Antropología, São Paulo, Brasil, vol. 2, núm. 1, 1954, 19-24; DONALD D. BRAND, *The origin and early distribution of New World cultivated plants*, en *Agricultural History*, vol. XIII, núm. 2, 1939; A. HYATT VERRILL, *Food America gave the world*, Boston, Page and Co., 1937; PAUL WEATHERWAX, *Indian corn in Old America*, New York, The Macmillan Co., 1954; CARL SAUER, *Agricultural origins and dispersals*, New York, The American Geograf. Society, 1952; del mismo, en *Handbook of South American Indians*, Washington, Smith. Inst., Bur. of Eth., 1950: vol. VI, 487-543. E. D. MERRILL, *The improbability of precolumbian eurasiatic-american contacts in the light of cultivated plants*, en *Journal of New York Botanical Garden*, 1930, t. XXXI, 209-212.

⁸⁸ En un trabajo reciente, titulado *Maize and the ambiguity of Columbus's letter*, 1965, insiste en esta tesis.

⁸⁹ *Sarcopsylla penetrans*, nigua (México), pique (Perú), pulga penetrante (Antillas, Guayanas), etc. RAPHAËL BLANCHARD, *Traité de Zoologie Médicale*, París, Liv. J. B. Baillièrre et Fils, 1890, II, 484-493; según este autor la primera observación en África data de 1870 (II, 489). Véase Oviedo y Valdés, t. I, lib. II, cap. XIV in

laborioso autor, en una publicación de 1955-1956 ⁽⁹⁰⁾ dedicada a interpretar grabados rupestres de la región de Haywood, de Carolina del Norte, identifica entre sus motivos humanos, vestidos y animales semejantes a los de las antiguas crónicas según las cuales los árabes llegaron a América entre los siglos X y XIII.

En 1955 *Juan Comas* publica un simple trabajo noticioso y sin tesis titulado "¿Hubo negros en América antes de Colón?" ⁽⁹¹⁾, reproducido en francés en 1956 en el Boletín de la Sociedad Suiza de Americanistas. En concreto cita algunos Cronistas y resume, sin comentarios, un interesante estudio debido a *Fritz Weitzberg* acerca de una crónica que habla de Mohamed Gao, sultán de Guinea, que hacia el 1300 arma una flota y se interna en el Atlántico en busca de tierra firme y de donde nunca más regresó. Weitzberg ⁽⁹²⁾ parece admitir la autenticidad del relato por que: a) es el recuerdo de un suceso histórico, y b) porque llegó a América como se infiere por los fragmentos de noticias que nos conservaron los Cronistas.

Entre nosotros el único autor que trató este tema fue *Armando Schedl* en dos artículos publicados en 1957 y 1959; el segundo es mucho más amplio que el primero y ambos están oportunamente ilustrados con reproducciones de piezas arqueológicas. Cita someramente nueve Cronistas, habla de los navegantes árabes del Atlántico, siguiendo a Gaffarel y Weitzberg, conoce los trabajos de Alcina Franch, Jeffreys, Lehmann, Biedermann y otros, entre los modernos. Tres son los puntos en los que aporta ideas relativamente nuevas; uno, es la presentación de vasos mochicas como documentos que testimonian la presencia de señores negros (1959, 560 y 564); tipos de vasos así o análogos ya eran citados en la literatura pertinente por Wiener, Rivet y otros, pero es Schedl quien ve en ellos negros señoriales, jefes, caudillos, seguramente capitanes de empresas argonáuticas llegados a América y esto, precisamente, lo lleva a su segundo aporte novedoso que es la de suponer la prolongación hasta América,

fine; ed. 1851; 56, también traen noticias López de Gomara (1522) y Bernabé Cobo (1635). MIGUEL F. SORIA Y JUAN JOSÉ CAPRI, *Tetanos y piques*, La Prensa Médica Argentina, Buenos Aires 1953, vol. XL, n° 1, 4-11, aluden a este tema.

⁹⁰ Véase bibliografía, conocemos este trabajo por una mención de Ralph Steel Boggs en *South Folk. Quat.*, Miami, Flor., USA, 1958, 7.

⁹¹ Ver nota bibliográfica sintética en BBAA. México 1961, I, 144.

⁹² Sólo conocemos el resumen de su trabajo hecho por Comas (1956) y por la breve noticia de Schedl 1957, 121.

y a través del Atlántico, de la llamada Cultura Poseidónica de Bachofen (1959, 558-559). El tercer aporte se refiere a los niveles temporales, quizás sea este el más discutible, especialmente por los dos niveles más antiguos que propone, pero este punto con el segundo mencionado, constituyen presupuestos realmente ingeniosos.

El balance de esta revista de un puñado de autores no es muy alentador en cuanto a sus resultados, si bien no en cuanto a las perspectivas. Las pruebas que aportan son fragmentarias y muy pocas veces confirmadas; además, no distinguen con claridad que no siempre se trata del mismo tipo de negro —excepto Scheld— y así se refieren con cierta promiscuidad datos arqueológicos, etnográficos, históricos y biológicos cuando, evidentemente, tienen distintos sujetos.

No obstante este lado negativo, producto de observaciones insuficientes, falta de crítica y de una revisión imprecisa del problema, existe el lado positivo; éste consiste en haber mantenido una tradición que comienza con los Cronistas, en haber procurado apoyarla con datos concretos, en ser sensibles a los analogías arqueológicas que podían convertirse en testimonios o pistas y, por último, con Weitzberg y Gaffarel, con Jeffreys y Schedl, distinguir temas distintos en la problemática, aunque es con Schedl donde se ve esto claramente planteado. La categoría científica de algunos de ellos, prestaron autoridad a este problema que, con las breves palabras que le dedicara el Prof. Menghin, logrará ser incluido en la temática de la antropología americana.

LOS NIVELES CRONORACIOLOGICOS DEL MELANODERMO PRECOLOMBINO

Dice Schedl⁽⁹³⁾ que “al hablar de negros [para América (AV)] es necesario distinguir unos negros de otros y no generalizar groseramente un calificativo genérico racial. De la lectura de los autores citados [Comas, Elliot Smith, Cotteville-Giraudet, Alcina Franch, Sergi y Lehmann (AV)], y de otros que se han ocupado de etnogenia americana, aparecen como probables aportes en el poblamiento del Nuevo Mundo, elementos negritos, melanesoides y genuinamente negros africanos sin excluir, en último término, representantes de Grimaldi, en este último caso para constituir el fondo negroide más antiguo de América. En cuanto al valor probable de cada uno de estos cuatro

⁹³ 1959, 563 s.

aportes (Grimaldi-negroide, negrito, melanesioide y negros genuinos proto-históricos), es muy desigual. Hasta ahora, el elemento más aceptado es el negroide melanesio, de origen oceánico, que ingresó aproximadamente hace poco más de diez mil años, genéticamente relacionado con el hombre de Lagoa Santa que, en nuestro cuadro racial argentino, se lo ha señalado en el "complejo tehuelche". El elemento negrito debe investigarse y la cuota paleolítica que signifique el hombre de Grimaldi es puramente hipotética y propuesta a mero título de incógnita atrayente y estimulante. Distinto es el caso de la presencia del que llamamos, para entendernos, el negro genuino de Africa, y que vino a este Nuevo Mundo siglos antes que escandinavos e ibéricos. Su aporte pudo ser cuantitativamente mínimo, pero con ellos pudo ingresar, quizás, una de las concepciones señoriales del Estado con su bagaje de bienes típicos. En realidad, estos son los negros precolombinos que nos interesan principalmente". La cita es un poco extensa y, en algunos conceptos, algo llamativa como, por ejemplo, la idea de la presencia hipotética del hombre de Cro-Magnon y Grimaldi, según Cotteville-Giraudet (94) y de "negritos", expuesta especialmente por Giuseppe Sergi (95). En cuanto a los melanesoides hay acuerdo entre la mayoría de los autores (96), y respecto a los típicos africanos es cuestión que examinamos en estas "Notas".

Reconocemos que la secuencia propuesta por Schedl, 1) Grimaldi-negroide, 2) negritos, 3) melanesoides y 4) negros protohistóricos africanos, podrá ser ampliamente discutida y revisada, así como su negroide melanesio de origen oceánico; respecto a este último habrá que corregirla de acuerdo a la relación más aceptada de un elemento protoaustraloides paleoasiático que devendría australoides, por un lado, y amerindio, por el otro, éste de ingreso terrestre en su marcha hacia el Nuevo Mundo. H. Gladwin (97) habla de seis migraciones pobladoras de América, la segunda de éstas habría estado constituida

⁹⁴ Véase G. POISSON, *L'Atlantide devant la science*, Paris, ed. Payot, 1945, 117. Comas en BBAA, México 1956, vol. XVII, 2ª parte, p. 38.

⁹⁵ Verneau (1898) y Sergi (1928), en Vivante (1963, 220 y 231).

⁹⁶ Véase Menghin 1957, 46 y 84; Quatrefages 1889, II, 551-552; Imbelloni en Cursos y Conferencias, Buenos Aires 1938; Canals Frau, 1959, 159; Earl W. Count en Revista del Instituto de Antropología de Tucumán, Tucumán 1941, vol. II, núm. II, núm. 7. De interés ver L. H. DUBLEY BUXTON, *The « Australoid » and « Negroid » Races* en *Anthropos*, 1935, t. XXX, 343-350; Krickeberg 1946, 22-23.

⁹⁷ *Ment out Asia*, New York 1947, 92 ss y c. IX; puede verse un resumen en Canals Frau 1959, 160 s.

por "negroides" relacionados con los cazadores de Folsom aunque, como aclara Canals Frau, nos sería físicamente desconocido. De cualquier modo y si bien con diversas perspectivas y distintos materiales, desde Dixon y H. ten Kate, pasando por Quatrefages, Hooton, Rivet, Imbelloni y Jenness (98), éste con su ejemplo de un tipo esquimal negroide, se insiste sobre la teoría de la presencia de un antiguo modelo negroide en el cuadro racial americano. Por ahora no se va más allá de la aceptación de un antiguo modelo, modelo único, pero nosotros nos inclinamos, con Schedl, hacia la posibilidad de la existencia de más de un modelo a distintos niveles tempoespaciales.

LAS PRUEBAS E INDICIOS ARQUEOLÓGICOS PROPUESTOS

Ante la incógnita que supone nuestro tema, el investigador está frente a un rompecabezas o 'puzzle' sumamente deteriorado, con piezas perdidas, rotas o divididas en innumerables fragmentos dispersos. La tarea de recogerlos e integrarlos en conjuntos armónicos es difícil en grado sumo; casi puede decirse que en ningún caso se logra presentar un aspecto completo o, por lo menos, satisfactorio.

Esto se comprueba, una vez más, frente al material de este párrafo. La validez de muchas de las suposiciones emitidas dependerán de la buena voluntad para aceptarlos y de la eficacia persuasiva de la interpretación. Aquí, nosotros, nos hemos concretado a reunir las piezas posibles, ordenarlas y dejarlas en su propia elocuencia y en la de la autoridad de sus comentadores.

Ya hicimos algunas menciones arqueológicas a propósito de Wright y Donnelly, de Chavero, Schedl, etc. Ahora vamos a ver otras que, en conjunto y al lado de otras demostraciones, constituyen el aparato que sostiene la tesis investigada.

A Wiener debemos el haber señalado dos piezas peruanas preincasicas que ostentan motivos decorativos muy interesantes para el caso: se tratan de dos vasos procedentes de Trujillo, mejor dicho, de sus proximidades, de Santiago de Cao, que lucen la figuración de escenas de la vida cotidiana y en las cuales se distinguen con claridad dos tipos humanos: uno de piel clara, en gesto de dirigir o mandar, y otro de piel oscura, negra, en actitud de estar trabajando en albañilería (Wie-

⁹⁸. Véase un resumen y bibliografía de estos autores en Martínez del Río 1952, así como el análisis del problema de los melanésidos.

ner 1880, 471 y 481). Lehmann (1930, 332) conoce estas piezas y advierte que no existe razón cierta para distinguir en sus personajes a blancos y negros, si no, entre estos últimos, solamente esclavos (99); pero, si se tiene en cuenta el carácter fiel y realista de los dibujos mochicas es bastante elocuente tan neta distinción en los colores. Rivet (1960, 143) cita otros dos vasos publicados por Schmidt⁽¹⁰⁰⁾, procedentes de Chimbote y de Trujillo, y que representan guerreros de piel clara enfrentando a guerreros de piel negra. También Schedl, en sus dos trabajos varias veces citados, mejorando referencias de Víctor Larco Herrera y de Rafael Larco Hoyle⁽¹⁰¹⁾, presenta varios vasos retratos mochicas con evidentes rasgos negros o negroides, piezas éstas que tienen el cuádruple interés de ser indiscutiblemente prehispánicas, de representar individuos reales —que es lo que se supone y de ahí su denominación—, la de estar trabajados en negro, como se ve claramente por lo menos en uno de los ejemplares, y en representar a 'señores', lo cual se colige de los adornos auriculares y el tocado. ¿Cómo interpreta Schedl este documento? Ya no en relación con melanésidos, sino con los 'vikings' africanos, verdadera avanzada de la cultura poseidónica; si los Cronista hablan del rey y señor de Cuarecua —según se vio— es porque siempre se está hilando la misma obra (Schedl 1957, 122 y 1959, 560 y 564).

Rivet (1960, 138) escribe: "Es imposible determinar en qué sitio de la costa americana han podido desembarcar los invasores melanésicos. La antropología y la lingüística parecen orientarnos hacia la costa californiana. No obstante, la abundancia de elementos culturales melanésicos en Colombia, señalada por Nordenskiöld, el carácter negroide acentuado y generalizado en todas las figuraciones humanas de la región de San Agustín, nos parece una seria indicación para orientar las investigaciones hacia la comarca colombiana".

Pérez de Barrada (1943, 116 y lám. 87) señala en la arqueología de San Agustín, en la piedra de un sarcófago que reproduce la figura

⁹⁹ En quechua y aymara *yana* vale por esclavo y negro (Wiener y Lehmann); *yanacona*, negro y mozo de cordel (Lafone Quevedo).

¹⁰⁰ MAX SCHMIDT. *Kunst und Kultur von Peru*, Berlín 1929, 194 y 201; véase también, 125, 126 izquierda y 127 derecha.

¹⁰¹ LARCO HERRERA, 1934 *passim*; VÍCTOR LARCO HOYLE, *Los Mochicas*, Lima, Perú 1939, tomo II, lámina XVI y otras. Cuenta Fegurson en su pequeño libro (1963, 24, nota 9) que un negro peruano amigo suyo, abogado, se sorprendió al ver en la Magdalena un *guaco*, muy anterior a la conquista española, con un rostro muy semejante al suyo.

de un hombre en cara negroide. Larco Herrera (1934, 95) reconoce —siguiendo a Cuervo Márquez— en dos estatuas de piedra de San Agustín, en el extremo meridional del valle de Magdalena, “facciones características del tipo negroide”.

El 1876, lo sabemos por reseñarla Brühl (102), en un campo de ruinas de Chacuaco, a algunas millas de Panuco, México, el viajero americano Norman dice haber descubierto varios vasos de cerámica, uno de los cuales muestra la cara de un negro; este hallazgo hace dudar a Brühl pero al conocer la existencia de una cabeza colosal con rasgos etiópicos al pie del volcán de Tuxtla, en Vera Cruz, en el año 1862, recuerda que Melgar afirmó, sobre la base de este descubrimiento que ya antes de la Conquista habitaron negros en el continente americano.

Chavero presenta la lista más amplia de piezas arqueológicas que registrarían la presencia de tipos raciales negros, pero como ya hemos resumido sus pruebas, páginas atrás, aquí sólo las recordaremos: a) cabecitas negras de Teotihuacán, de carácter funébrico y representando retratos reales (103), algunas lucen un tocado completamente extraño y diferente de los registrados en tiempos históricos (104); b) la cabeza colosal de Hueyapan (105), descubierta en 1860 (106), y c) en una hacha de gran tamaño proveniente de Vera Cruz, se ve en la parte superior la cabeza de un hombre parecida a la de Hueyapan, pero aquí el tipo negro está más pronunciado (107).

Alcina Franch escribe lo siguiente: “En el arte más primitivo de la región de Veracruz, correspondiente a la Cultura de la Venta, u Olmeca, hallamos sorprendentemente toda una serie de rasgos antropológicos, tanto en las cabezas monumentales en piedra, como en la pequeña escultura y en la cerámica, de carácter negroide. Ya sabemos que la cultura Olmeca se halla íntimamente relacionada con la Cultura Arcaica del Valle de México y corresponde a las fechas —segunda

¹⁰² GUSTAV BRÜHL, *Die Kulturvölker Alt-Amerikas*, II, III, IV Abbeilung, New York, Cincinnati and St. Louis, 1976 : 36. Agradezco al Prof. Menghin este dato.

¹⁰³ Román Piña Chan, 1960, 78 y figs. 15-16, asegura que en estas figurillas se notan rasgos negroides y mongoloides.

¹⁰⁴ Relaciónese esto con los grabados descubiertos en Haywood, Carolina del Norte, según Jeffreys.

¹⁰⁵ Lo repiten Cuervo Márquez 1920, I, 270 y Larco Herrera 1934, 100.

¹⁰⁶ Según Brühl sería de 1862, se trata de lo mismo.

¹⁰⁷ Chavero, s. f. : 63-64.

mitad del primer milenario — que antes señalábamos como clave del problema Neolítico”, y líneas más adelante: “Lo indudable sin embargo es la existencia de rasgos negroides en la población Olmeca de alrededor del comienzo de nuestra Era” (103). No es menester insistir sobre las cabezas famosas de La Venta, de gran tamaño y labradas en basalto o piedra volcánica, demasiado conocidas y ya relacionadas directamente a nuestro tema por el benemérito Chavero, como tampoco es necesario insistir sobre una de las interpretaciones que se le da a los ‘baby-faces’, como hombrecillos negroides (109).

Siguen las piezas de este ‘puzzle’, pero las dos últimas las examinaremos, respectivamente, en sendos párrafos.

La cuestión de los cabellos crespos. Una cuestión interesante se ha planteado recientemente, en relación con el tema de los negros precolombinos, y es si existe alguna representación arqueológica de seres humanos con cabellos crespos y si se pueden señalar, etnográficamente, pueblos motudos en América.

Juan A. Hasler, en dos atrayentes trabajos (1959 y 1960), trata con conocimiento y juicio la primera cuestión a propósito del examen de dos “cabezas enanas” (110) — llamadas así en contraposición a las “cabezas colosales” de W. Stirling — olmecas que, desde 1958, se encuentran en Jalapa, Estado de Veracruz, México, esculpidas en basalto, de forma cilíndrica, con proporciones cúbicas, 0,75 m de alto, provenientes de la localidad Corral Viejo, Municipio de Ayucán, Estado citado (1959, 31 y M 1960, 5). Según el carbono 14 serían anteriores a nuestra era, aunque se los solía datar, para el período clásico olmeca, II-V de C.

Lo que más llama la atención son las formaciones que aparecen sobre el cráneo de las cabezas enanas, formaciones que han sido inter-

¹⁰⁸ Alcina Franch 1955 [1954], 879.

¹⁰⁹ MATHEW W. STIRLING, *Great Stone Faces of the Mexican Jungle*, National Geographical Magazine, Washington 1940, September; PHILIP DRUCKER AND ROBERT F. HEIZER, *Gifts for the Jaguar God*, en *Id.*, 1956, September; PAUL WESTHEIN, *Las cabezas colosales de La Venta*, en Universidad de México, Universidad Autónoma de México, México (DF), 1952, vol. VI, núm. 67: 9; PHILIP DRUCKER, ROBERT J. SQUIER, *Excavation at La Venta, Tabasco*, Washington, Smith. Inst. Bull. 170, Bur. of Amr. Ethn., 1959. DICK IBARRA GRASSO, *Las edades de bronce y de hierro en la América precolombiana*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1967, 15.

¹¹⁰ Justamente el trabajo de HASLER de 1959 se titula *Due teste litiche olmecche con capelli crespi*.

pretadas de los más diversos modos: *a*) agua, *b*) circunvoluciones cerebrales, *c*) gorro de piel, *d*) cabello de un negro africano, *e*) registro de una anomalía, *f*) o, por contraste al cabello lacio del hombre, el cabello crespo de la divinidad (1959, 34). Hasler insinúa que interpretar ambas cabezas como modelos de negros puede ser el resultado de una etnografía de aficionados, con prejuicio antiyanqui, anti-blanco y pronegro, ya sea afirmando la existencia de una influencia africana precolombina o reconociendo en todo dato etnográfico mejicano una aculturación posthispánica (1959, 34).

Hasler supone que son representaciones de seres míticos acuáticos, los *chanequeh*, enanos de cabellos crespos que figuran en el folklore regional y que pueden tener relación con los tloloques aztecas del siglo XVI (1959, 33), aunque también con el Señor o Dueño de los animales (1959, 33 y M 1960, 9-10). En efecto, a la fuente que da Hasler (¹¹¹) se podrían agregar otras (¹¹²), por ejemplo, los 12 dioses negros mayas, entre los cuales 'Ej-Chuah' (¹¹³) o el sobrenatural *ijc' al*, del folklore en los Altos de Chiapas, de oscura tez y pelo ensortijado (¹¹⁴) que, con otros temas, "sigue incitando la búsqueda de una población negra prehispánica", según Williams García (ver nota ¹¹²).

Refiriéndose a los indios americanos, en general, Brinton (ed. 1946, 47) los describe como presentando, a veces, cabellos "ligeramente ondulados y hasta rubios". Markham (1910, 106) habla de unos indios en los siguientes términos: "The hair of the Juris is curled so closely as to resemble the African woollyhead", estos indios juri, que en 1820 sumaban todavía unos 2.000 individuos, están entre Ica y Japurá y otros sobre el río Negro (1910, 105-106), afluentes occidentales del Amazonas. Recuérdate lo que piensa Quatrefages (1889, 406-407) citado páginas atrás. Según Déniker (1926, 366, nota ¹), en el número de 'Tour du Monde' del primer semestre de 1898, figuran goajiros con cabellos crespos; Sullivan habla de pigmeos claros con cabellos motosos, según cita de Virchow en un artículo publicado en el "Zeitschrift für Ethnologie" (1896, 470). Dixon (1923) habla del americano pronegroide de cabello crespo, "caracolado". Pero todos estos datos no

¹¹¹ HECTOR GARCIA MANZANEDO, *El cheneque en el folklore y en la salud*, en América Indígena, México 1959, 152 ss.

¹¹² Véase ROBERTO WILLIAMS GARCIA, *Una novela de recreación antropológica*, en América Indígena, México 1960, 195 ss.

¹¹³ Citado, también, por Larco Herrera 1934, 99, « Ek-Ahau ».

¹¹⁴ Ver América Indígena, México 1964, 386.

ofrecen la seguridad de que no se traten de casos de mezclas entre indios y negros (zambos); Morris Steggerda, en su síntesis sobre la pigmentación y el cabello de los indios Sudamericanos (115) reconoce la existencia de pelos rizados pero nunca motosos. Sin embargo, en relieves de Chichen-Itza aparecen tipos negroides 'microcéfalos' (?) con cabello corto y muy crespo, asociados a representaciones ceremoniales, tema este muy interesante para estudiar en detalle y que encontramos mencionado por Hamy (1875) —y otros antropólogos— en su valiosa exposición sobre dos microcéfalos americanos; ya el famoso fraile Gregoria García (libre IV, cap. XXIV, ed. 1729, 254-256 *et passim*) menciona a los etíopes "y su población en Yucatán y otras partes de Indias". En esta discusión nunca debe perderse de vista el significado histórico de los datos provenientes de la arqueología o de la etnografía, estos últimos con mayor carga en cuanto a la posibilidad de profundas contaminaciones.

A. Jiménez Núñez (1962, 40), al examinar mitos de creación de la humanidad en Sudamérica, resume uno mundurucú del Brasil (pp. 40 y 71), según el cual el Creador golpeó con su pie en el lugar del pueblo de Necodemos, entonces blancos, negros e indios emergieron de una fisura de la tierra (versión de Tocantins, 1877). Jiménez Núñez supone que esta versión es poscolombina por la inclusión de blancos y negros, pero así excluye toda otra explicación a la luz de la hipótesis de la existencia de negros y blancos precolombinos.

El vaso de Holmes hallado en el valle medio del Misisipi. W. H. Holmes, en varios trabajos (116) reproduce un interesante vaso-retrato proveniente del valle medio del Misisipi, estado de Arkansas; representaría la cara de una muerta, con el rostro decorado con líneas cicatriciales paralelas, con el pabellón de las orejas con varias perforaciones para llevar, seguramente, anillos, y el septum nasale perforado indicando la presencia de alguna aplicación. Según los indicios po-

¹¹⁵ MORRIS STEGGERDA, *The pigmentation and hair of South American Indian*, en Handbook of South American Indians, Smith, Inst. Washington 1950, vol. V, 89-90.

¹¹⁶ Ver Fourth Ann. Rep. Bur. of Eth., Washington 1882-3, 407; Twentieth Ann. Rep., Bur. of Eth., Washington 1898-9: lám. XXIX, XXX y XLIII, p. 96 y Handbook of Abor. Amer. Antiq., Washington 1919, 19-31. Brevemente véase Krickeberg 1946, 111 ss, especialmente 114, en la lámina de la página 109, se ve la cabeza en cuestión con el número 26. Según Menghin, en An. de Arqueol. y Etnolog. de la Univ. Nac. de Cuyo, Mendoza 1957, XIII, 245, la cultura del Misisipi es del neolítico norteamericano y de carácter templario.

dría pertenecer a la cultura de los montículos del NE de los Estados Unidos, supuesta irradiación de las culturas mesoamericanas o que ha estado bajo su influencia y no ser de mucha antigüedad (117). Lo que interesa, en especial, es que el mismo Holmes, espontáneamente aproxima este rostro al de una africana (118), y en el mismo sentido Wright (1902, 217). Schedl (1959, 561), que cita este vaso de Holmes realmente notable, lo comenta así: "este vaso de Arkansas recuerda, de inmediato a los del Benin sobre todo si uno tiene presente los ejemplares de Ife ilustrados por Leo Frobenius (119), y es interesante suponer que esta vinculación pueda aumentar nuestra comprensión (120) respecto a los negros prehispánicos señores y guerreros que, en la Hispaniola (121), utilizaban puntas de azagayas de oro, plata y cobre. La circunstancia de que la cabeza publicada por Holmes sea de barro cocida no es objeción pues hoy sabemos, gracias al estudio de Kurt Krieger (*Terrakotten und Steinplastiken aus Ife, Nigeria*, 1955) (122) que las cabezas de Ife en bronce son de la misma edad que las de terracota" (también 1959, 558-559). Esta correspondencia, por sí sola, es ocurrente, pero no deja de insinuar sugerencias si se la agrega a la idea de negros señores en ceramios mochicas, a la de los navegantes árabes de los primeros siglos que parte de la costa Atlántica de Africa, a la idea de una expansión atlántica de la cultura protohistórica poseidónica, a los negros del Cronista Herrera, en la Española, con armas metálicas singulares, a las representaciones negroides de Palenque, etc.

¹¹⁷ Véase nota 116.

¹¹⁸ HOLMES, *Bearing of archaeological evidence* (citada por Pericot y García 1936, 397 y nota 232, página 430), hablaría de que ciertos objetos hallados en América «indican la posibilidad de la intrusión de elementos blancos, polinesios y acaso negros».

¹¹⁹ Véase el comentario que les dedica JOSÉ ORTEGA Y GASSET. *Las Atlántidas y del Imperio Romano*, Madrid, Revista de Occidente, 1960, 58 ss., y LEO FROBENIUS, *Storia della civiltà africana*, ed. Einandi 1950 y Vivante-Imbelloni, 1939, 371 ss.

¹²⁰ Se refiere a que la cultura poseidónica de Bachofen o la atlántica de Frobenius, haya entrado en contacto, de algún modo, con el litoral oriental de América. Véase la cabeza de barro de Ife que Schedl reproduce en 1959, 556.

¹²¹ Se refiere al texto de Herrera.

¹²² Se refiere a KURT KRIEGER, *Terrakotten und Steinplastiken aus Ife, Nigeria*, en *Berliner Mus.*, Ber. a. d. chem. preuss. Kuntsamml., N. F. 5, 3/4, 32-39, 1955. Véase resumen en *African Abstracts*, January 1957, 16.

Otras pruebas. Ya en el valioso libro del Cronista fray Gregorio García (1607) encontramos abundancia de datos que quieren demostrar paralelos etnográficos entre Africa y América, como prueba inquestionable de un contacto precolombino. "Casi generalmente los indios — dice nuestro autor, de quien modernizamos la ortografía del texto transcrito— se labran las caras y los cuerpos, desfigurándose con señales que demostraban galas, valor o bizarría, o se embijaban, y entre los africanos aún dura esta costumbre y la de teñirse con bermellón, como dice Solórzano de los indios. Los africanos vendían los hijos y los hermanos, según Cardano, y los indios aun para sacrificarlos. De los bereberes de Africa se sabe que en las laderas hacían andenes para sembrar, como dice Mármol, y los indios del Perú eran diligentísimos en esta obra, a costa de gran trabajo, para aprovecharse del agua para regar, según Garcilaso. Para sembrar levantaban los africanos las tierras con palas y en Nueva España refiere lo mismo de los indios Torquemada. Tenían también guerras continuas con los confinantes, para mostrar su valor con los indios; con que ocurre tener muchas mujeres, como dice Estrabón: la adoración que daban los africanos al sol, la luna y las estrellas, tener fuego perpetuo en algunas partes, como cosa sagrada, y en otras hacer dios del día la primera cosa viva que encontraban, lo cual observan también los indios" (ed. 1729, 255). Generalidades así abundan y pueden señalarse otras coincidencias tan desconcertantes como las anteriores, que otrora conmovían al estudioso y aún conmueven al lego. Hyde Clarke ⁽¹²³⁾ lo hace con vocablos, lo que repite un autor mucho más moderno como G. Cauvet ⁽¹²⁴⁾ en su libro "Les Béreberès en Amérique. Essais d'Ethnocinésie Préhistorique" (Alger 1930), así se hace con el veneno para pescar y el bezote, según dijimos, con el tocado, detalles cúlticos y pintura corporal en Chavero (I, 63-64), así L. Capitan que relaciona la exagerada deformación labial de los aimoré del Brasil con la intensa de las sara-dinyé del Chari (Africa ecuatorial [1926/1928/II, 53-55]) creyendo que es un argumento "en apoyo de la tesis que atribuye cierto papel a Africa en el poblamiento de América". Así podrá recordarse la semejanza del amuleto marroquí denominado "mehansa" y una placa de oro chiriquí, de Panamá, según Cola Al-

¹²³ *Researches in prehistoric and prehistoric comparative phylogoly. Mythology and Archaeology*, Trübner 1875: 49-51 y en 1877 [1878, t. I, 163.

¹²⁴ Ver Pericot y García 1936, 383 y 424, e Imbelloni 1956, 23.

berich (125), en piezas de juego, etc. ¿No se habrán ya hecho investigaciones comparando los grupos sanguíneos de negros africanos con los americanos? (126); este es un punto descuidado.

En este muestrario, ¿habrá algo legítimo? Sin dudas, falta mucha crítica y un poco más de método. Indudables hechos auténticos pueden deberse a muy tempranas contaminaciones, algunas quizás con los mismos esclavos negros sevillanos traídos por los primeros conquistadores españoles (127) o con los esclavos africanos importados especialmente y que no tardaron en rebelarse y huir, como fue el caso del Negro Bayano que en 1548 capitaneaba un grupo de 300 negros en el Darién (128), por eso, Pericot y García (1936, 84) supone que el hallazgo de negros en América del primer tiempo es efecto del error de tomar por indígenas poblaciones inmigradas después de la Conquista o, simplemente, mestizadas; y lo que este autor dice referido a lo racial puede ser extendido, seguramente, a lo cultural. Pero, ¿siempre, invariablemente, debe ser así?

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA SAIGNES, MIGUEL. *Estudios de etnología antigua de Venezuela*. — Caracas, Venezuela, Instituto de Antropología y Geografía, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad de Venezuela, 1954.

ADAM, LUCIEN. *Su resumen de la memoria de Hayde Clarke (1877, publicado en 1878)*. — Congreso Internacional de Americanistas, Luxembourg, Paris, 1878, I; 156-169.

AGUIRRE BELTRAN, GONZALO. *La población negra de México 1519-1810. Estudio etnohistórico*. — México, ed Fuente Cultural, 1946.

ALCINA FRANCH, JOSE. *Distribución geográfica de las pintaderas en América*. — Archivo de Prehistoria Levantina, Valencia 1952, vol. III, 241-255.

— *Diffusion of pottery stamps*. — Proceedings of Thirtieth International Congress of Americanist, Cambridge, 1952. London, Royal Anthropol. Inst. s. f., 248. Es resumen de una página de un trabajo titulado: *Hipótesis acerca de la dispersión de las « pintaderas »* y publicado completo en « Trabajos y

¹²⁵ J. COLA ALBERICH, *Tatuajes y amuletos marroquíes*, Madrid, Inst. de Est. Africanos, Consejo Sup. de Inv. Científ., 1949, 37, f. 7 y 8.

¹²⁶ Véase MIGUEL LAYRISSE y JOHANNES WILBERT, 1960, 64 y 148; W. BOYD 1952, 260.

¹²⁷ Dato tomado de MARCELO PAGANO, *Población y Crisis*, Rosario, ed. Rosario S. A., 1949, 105, nota.

¹²⁸ *Apud* Wassen 1910, X, 75 s.

- Conferencias», Seminario de Estudios Americanos, Facultad de Filosofía y Letras, Madrid, 1955, n. 6: 217-223. Breve nota de César Lisardi Ramos en «BBAA», México, 1956, vol. XVIII, 2da. parte.
- *El neolítico americano y su problemática.* — En Anais do XXX Congresso Internacional de Americanistas, São Paulo 1955 [1954]: vol. II, 871-882, hay separata.
- *Las « pintaderas » mejicanas y sus relaciones.* — Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Inst. « Gonzalo Fernández de Oviedo », 1958.
- *El vaso con mango-vertedero en el Viejo Mundo y en América.* — En Anuario de Estudios Atlánticos, Madrid-Las Palmas, 1958, n. 4; (utilizo separata).
- *El vaso con mango y vertedero;* en *Miscellanea Paul Rivet*, México, [sobretiro] 1958, fol. 9-16.
- ALLEN, F.-A. *The original range of the Papuan and Negrits races*, en *Journal of Anthropological Institute*, VIII, 1878-1879 (*apud* Germain 1922, 122, n. 3).
- AMEGHINO, FLORENTINO. *La antigüedad del hombre en el Plata.* — París., Buenos Aires, ed. G. Masson, Igon Hnos., 1880 (t. I), 1881 (t. II).
- *Doctrinas y descubrimientos.* — Buenos Aires, ed. Claridad, s. f.
- ANGLERIA, PEDRO MARTIR. *Década del Nuevo Mundo.* — Verdidas del latín por Joaquín Torres Asemio, Buenos Aires, ed. Bajel, 1944.
- BALBOA, MIGUEL CABELLO. *Obras.* — Vol. I. Quito, Ecuador, Ed. Ecuatoriana 1945.
- BEALS, RALPH L., HOJER, HARRY. *An Introduction to Anthroptology.* — New York, the Macmillan Company, 1957.
- BIASUTTI, RENATO. *L'umanità attuale: i caratteri somatici. Le razze umane e la loro genesi. La classificazione delle razze umane viventi.* — Estratto dal vol. I dell'opera *Le Razze e i Popolo della Terra* di R. Biasutti. Torino, UTET, 1941.
- BIEDERMANN, HANS. *Pre-Columbian eurafrican inmigration in America. Dolmen, like structuret in South America.* — En *International Anthropological and Linguistic Review*, Miami, Florida, USA., vol. II, 3-4 1955-1956, 112-117.
- *Pre-Columbian eurafrican inmigration in America. « Osirismythen » in Mexico.* — En *International Anthropological and Linguistic Review*, Florida, Miami, USA., vol. III. 1-2, 1957-1958, 26-31.
- BLANC, ALBERTO CARLO. *Cosmolisi. Interpretazione genetico-storica delle entità e degli aggruppamenti biologici ed etnologici.* — En *Rivista di Antropologia*, Roma, vol. XXXIV, 1942-3, 179-290.
- BOYD, WILLIAM C. *Génétiqne et races humaines. Introduction a l'anthropologie physique moderne.* — Ed. française por F. Bourlière et J. Sutter. París, Payot, 1952.
- BRAGHINE, COL. A. *El enigma del atlántida.* — Trad. Luis Echávarri. Buenos Aires, ed. Losada, S. A., 1944.
- BRASSEUR DE BOURBOURG, L'ABBE. Su traducción y notas del *Popol-Vuh, le Livre Sacré et les mythes de l'antiquité américaine.* — París. Ed. Arthus Bertrand, 1861.
- *Bibliothèque Mexico-Guatémalienne précédé d'un coup d'oeil sur les études américaines.* — París., Ed. Maisonneuve et Cie., 1871.
- BRINTON, DANIEL G. *La raza americana. Clasificación lingüística y descripción etnográfica de las tribus indígenas de América del Norte y del Sur.* — Trad. A. G. Perry. Buenos Aires, Ed. Nova, 1946.

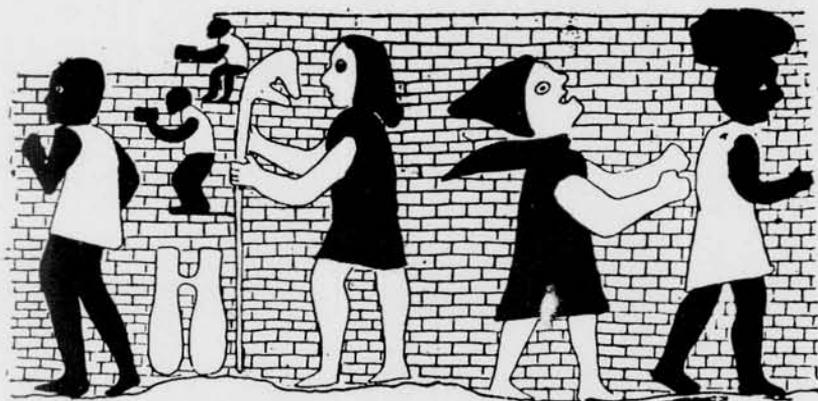
- CANALS FRAU, SALVADOR. *Las civilizaciones prehispánicas de América.* — Buenos Aires, Ed. Sudamericana, (2da. ed.) 1959.
- *Prehistoria de América.* — Buenos Aires, ed. Sudamericana, 2da. ed. 1959.
- CAPITAN, L. *Les femmes à plateaux des Saras Djingés du Cehari (Afrique équatoriale) Comparaison avec les Aymores du Brésil.* — En Atti del XXII Congresso Internazionale degli Americanisti, Roma 1926; Roma 1928, vol. II, pp. 53-55.
- CLARKE, HYDE. *Les origines des langues, de la mythologie et de la civilisation de l'Amérique, dans l'Ancien Monde.* — Memoria enviada al Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en Luxembourg, 1878, y resumido por Lucien Adam, Luxembourg-Paris, 1878, I, 156-169.
- COLLIER, D., MARTIN, S., QUIMBY, I. *Indians before Columbus, Twenty Thousand years of North American History Revealed by Archeology.* — Chicago. Illinois. The University of Chicago Press, 1957.
- COMAS, JUAN. *¿Hubo negros en América antes de Colón?* — México. Universidad de México, vol. 10, n. 4, [hay traducción francesa 1956 y noticia en « BBAA », México 1961, I, 144].
- CUERVO MARQUEZ, CARLOS. *Estudios arqueológicos y etnográficos americano.* — dos tomos Madrid, ed. América, 1920.
- CHAVERO, ALFREDO. En « *México a Través de los Siglos* », bajo la dirección del general D. Vicente Palacio, Buenos Aires, ed. Ramón Espasa y Compañía, t. I. s. f.
- CHEDIAC, ABELARDO. *¿Llegaron los árales a la América del Sud?* — En *América Española*, Barranquilla, Colombia, 1941, XI, 238-290.
- DALLY, E. *Sur les races indigènes et sur l'archéologie du Nouveau Monde*, en *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, t. XIII, 1862, 374-411.
- DENIKER, J. *Les races et les peuples de la Terre.* — París, éd. Masson et Cie, Xème. éd., 1926.
- DIXON, ROLAND B. *The racial history of man*, New York, Ch. Scribner's Sons, 1923.
- FEDERMANN, NICOLAS. *Viaje a las Indias del Mar Océano*, trad. de Nélida Orfila; estudio preliminar por Luis Aznar, Buenos Aires, ed. Nova, 1945.
- FERGUSON, J. HALERO. *El equilibrio racial en América Latina*, trad. de H. Martínez, Buenos Aires, EUDEBA, 1963.
- FERNANDEZ OVIEDO y GONZALO VALDEZ, DE. *Historia General y Natural de los Indios, Islas y Tierra firme del Mar Océano.* — Madrid, publica la Real Academia de la Historia, cotejada, por D. José Amador de los Ríos, 1853, tomo segundo de la segunda parte, tercera de la obra. Primera Parte 1851.
- GAFFAREL, PAUL. *Histoire de la découverte de l'Amérique.* — París 1892, dos tomos.
- GANDIA, ENRIQUE DE. *Historia crítica de los mitos de la conquista de América.* — Buenos Aires, Juan Roldán y Cía., 1929.
- GARCIA, GREGORIO. *Origen de los indios de el Nuevo Mundo, e Indias Occidentales, averiguado con discurso de opiniones.* Madrid, segunda impresión comendada y añadida de algunas opiniones, Impr. de Feo. Martínez Abad. 1729, 1ra. ed. Valencia 1607.
- GARCILASO DE LA VEGA. *La Florida del Inca. Historia del Adelantado Hernando de Soto.* — Madrid, Impresor Nicolás Rodríguez Franco, CIC ICCXXII.

- GARNIER, EDUARDO. *Enanos y gigantes*. — Versión española por Cecilio Navarro. Barcelona, Biblioteca de Maravillas, ed. D. Cortezo y Cia. 1886.
- GERMAIN, LOUIS *Les origines de la civilisation précolombienne et les théories d'Elliot Smith*, en *L'Anthropologie*, Paris, t. XXXII, 1922, 93-126.
- GREENMAN, E. F. *The Upper Paleolithic and the New World*. — *Current Anthropology*, Chicago, vol. IV, n. 1, 1963, 41-66.
- GUMILLA, JOSEPH. *Historia natural, civil y geográfica de las naciones situadas en las riberas del Río Orinoco*; nueva impresión, corregida por el P. Ignacio Obregón. Barcelona, Impr. de C. Gibert y Tutó, 1791 (dos tomos).
- GUTIERREZ DE SANTA CLARA, PEDRO. *Historia de las guerras civiles del Perú (1544-1548) y de otros sucesos de los Indios*. — Madrid, colección de Libros y Documentos referentes a la Historia de América, t. IV, 1905 (fecha del tomo III de la obra de G. de Sta. Clara).
- HAMY, E. - T *Quelques observations ethnologiques au sujet de deux microcéphales américains, désignés sous le nom d'Azteques*, en *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, t. II^e, anné 1875, 39-72 y 75-78; resumen en *Revue d'Anthropologie*, Paris, t. V, 1875, 339-340.
- HASLER, JUAN A. *Due teste litiche olmeche con capelli crespi*, en *Archivio Internazionale de Etnografia e Preistoria*, Torino, vol. II (1959): 31-34. N. B. Utilizamos, también un original dactilografiado 16 pp. del A. citado M. 1960, fechado en Jalapa, Mexico, y que gentilmente nos facilitó el Prof. O. F. A. Menghin.
- HERRERA, ANTONIO DE. *Historia general de los Hechos de los Castellanos en las Islas i Tierra firme del Mar Océano*; Madrid, Impr. Real de Nicolás Rodríguez Franco, 1730.
- HOLMER, NILS M. *Amerindian color semantics*, en *International Anthropological and Linguistic Review*, Miami, Florida, U. S. A. 1955-1956, vol. II : 3-4, pp. 158-166.
- HOLMES, W. H. *Handbook of Aboriginal American Antiquities- Part. 1. Introductory. The Lithic Industries*. — Washington, Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology. Boletín 60, 1919.
- HOOTON, E. A. *The Indias of Pecos Pueblo*. — New Haven 1930.
- HUMBOLDT, ALEJANDRO DE. *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente, hecho en 1799, 1800, 1801, 1802, 1803 y 1804*; Libro 7 (traducc. de L. Alvarado) y Libro 8 (traducc. de Eduardo Röhl). Caracas, Biblioteca Venezolana de Cultura- t. IV, 1942.
- IMBELLONI, JOSE. *La Segunda Esfinge Indiana. Antiguos y nuevos aspectos del problema de los orígenes americanos*. — Buenos Aires, Librería Hechette, S. A., 1956.
- *Nouveaux apports à la classification de l'homme américain*, México, Miscellanea Paul Rivet (sobretiro) 1958.
- VIVANTE ARMANDO, ver Vivante.
- JEFFREYS, M. D. W. *Precolumbian negroes in America*, en *Scientia*, Italia, 1953, vol. 88, n. 7-8, pp. 202-217 (texto francés 113-128).
- *Precolumbian maize in Africa*, en *Nature*, 1953, vol. 172, 965-967.
- *The history of the maize in Africa*, en *South African Journal of Science*, Johannesburg, 1954, vol. 50, 8, 197-200.

- *Pre-Columbian Eur-African immigration in America: the North Carolina Carvings*, en *International Anthropological and Linguistic Review*, Miami, Florida, USA. 1955-6, II, 103-111.
- *Pre-Columbian Eurafrikan Immigration in America. Columbus visits the Gold Coast*, en *id.*, 1957-8, III, 1-9.
- *Maize and ambiguity of Columbus's letter*, en *Anthropological Journal of Canada*, Ottawa, Ont., vol. 3, n. 4, 1965.
- JIMENEZ NUÑEZ, A. *Mitos de creación en Sudamérica*, Sevilla, Publicaciones del Seminario de Antropología Americana, vol. 3, 1962.
- KRICEBERG, WALTER. *Etnología de América*; Versión española de Pedro Hendrich, México, ed. Fondo Cultura Económica, 1946; 1ra. ed. alemán 1922.
- LARCO HERRERA, VICTOR. *Cobrisos, Blancos y Negros. Aborígenes de América*, Santiago, Chile, Impr. Nascimento, 1934.
- LAS CASAS, BARTOLOME DE. *Historia de las Indias*, México, ed. de Agustín Millares Carlo, prólogo de Lewis Hanke, F. C. E. 1951, 3 tomos.
- LAYRISSE, MIGUEL Y WILBERT, JOHANNES. *El antígeno del sistema sanguíneo Diego*, Caracas, Venezuela, Ed. Sucre 1960.
- LEHMANN, WALTER. *Zentral-Amerika Die Sprachen Zentral-Amerikas*, Berlin, Verlag Dietrich Reimer, 1920, 2 tomos.
- *Die Frage völkerkundlicher Beziehungen Zwischen der Südsee und Amerika*, en «OLZ» [Orientalistische Literaturzeitung], 1930, n. 15, 321-339.
- LINNE, CAROLUS A. *Systema Naturae-Per Regla Tria Naturae*. — Tomus Primus. Cura Jo. Frid Gmelio. Editio decima tertia, aucta reformatr. Lugduni, apud J. B. Delamolliers, 1789.
- LIZARRAGA, FR. REGINALDO DE. *Descripción Colonial*. — Buenos Aires, Librería La Facultad, Biblioteca Argentina, director Ricardo Rojas, 1916, 2 tomos.
- LOPEZ DE GOMARA, FRANCISCO. *Historia general de los Indios*. — Madrid ed. Espasa Calpe, S. A. 1941, 2 tomos.
- LOZANO, P. PEDRO. *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, ilustrado con noticias del autor y con notas y suplementos por Andrés Lamas. Buenos Aires, ed. «Imprenta Popular», 1874, tomo I.
- MARBAN ESCOBAR, EDILBERTO. *Las culturas aborígenes de América (América indígena)*. — La Habana, Casa Montero, 1946.
- MARKHAM, CLEMENT. *A list of the Valley of the Amazonas, including those on the Banks of the main Stream and of all the Tributaries*, en *The Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, vol. XL, 73-140, London 1910.
- MARTINEZ DEL RIO, PABLO. *Los orígenes americanos*. — México, Ed. Páginas del Siglo XX, 1952; 3ª. ed.
- MENGHIN, F. O. A. *Origen y desarrollo racial de la especie humana*. — Buenos Aires Ed. Nova, 1957.
- MONTANDON, GEORGE. *La Race, les Races*. — París, Ed. Payot, 1933.
- NEUMAN, HOLM W. *Is there an American Negre Race?*, en *Proceed. of the Indiana Acad. of Science*, vol. 72 (1963) 1962, 80-81.
- PAW, CORNEILLE DE. *Recherches philosophiques sur les Americains*. — Berlin, Nouvelle éd. 1777 (dos tomos).
- PÉREZ DE BARRADAS, JOSÉ. *Arqueología agustiniana*. — Bogotá, 1943.

- PERICOT Y GARCIA, LUIS. *América indígena* tomo I, El hombre americano. Los pueblos de América, en « Historia de América y de los Pueblos Americanos », dirigida por Antonio Ballesteros y Beretta, Barcelona, Salvat ed. S. A., 1936.
- *El punto de vista de un arqueólogo europeo ante los problemas de la prehistoria americana*, en Jornadas Internacionales de Arqueología y Etnografía, Buenos Aires 1962 (1960), n. 2, 10-18.
- POHL, FREDERICK J. *Atlantic Crossings Before Columbus*. — New York, W. W. Norton & Company, 1961.
- QUATREFAGES, ARMAND DE. *L'espèce humaine*, París, ed. Germer Baillièrre et Cie. 1883.
- *Histoire général des Races Humaines*, París, Ed. A. Henuy (2 tomos), 1887 y 1889.
- RAMOS, ARTHUR. *As culturas negras no Novo Mundo*. — Rio de Janeiro, ed. Civilizaçao Brasileiras, S. A., 1937.
- *A aculturação negra no Brasil*, Rio de Janeiro, Sao Paulo, Companhia Editora Nacional, 1942.
- *Las poblaciones del Brasil*, traducción del original inédito por Tomás Muñoz Molina. México, Fondo de Cultura Económica, 1944.
- RATZEL, FEDERICO. *Las razas humanas*. — Barcelona, ed. Montaner y Simón, dos tomos, 1888-1889.
- RIBERA, HERNANDO DE. *Relación*, publicada en « Relación de los naufragios y comentarios de Alvarez Núñez Cabeza de Vaca » Madrid, Colecc. de Libros y Documentos referentes a la Historia de América-tomo V, 1906; tomo I, pp. 368 ss.
- RIVET, PAUL. *Relaciones comerciales precolombianas entre Oceanía y América*, en « Anales de la Facultad de Ciencias de la Educación », Paraná [Entre Ríos], 1928, t. III, 165-197.
- *L'élément blanc et les pygmées en Amérique*, en Proceeding of the Thirty-Second International Congress of Americanists, Copenhagen 8-14 August 1956. Copenhagen 1958, 587-593, citado [1956] 1958.
- *Los orígenes del hombre americano*, trad. José Recasens y Carlos Villegas, México, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1960.
- ROCHA, DIEGO ANDRES. *Tratado único y singular del origen de los indios del Perú Méjico, Santa Fe y Chile*, Madrid 1891. 1ra. ed. Lima 1681.
- ROQUETTE PINTO, E. *Rondonia*. — Sao Paulo, Companhia. Ed. Nacional, 1938; 4ª. ed.
- RUY DIAZ DE GUZMAN. *La Argentina*, Noticia preliminar de Enrique de Gandia, Buenos Aires-México, ed. Espasa-Calpe, Argentina, S. A. 1945.
- SARMIENTO DE GAMBOA, PEDRO. *Geschichte des Inkareiches*, Berlin, Herausgegeben von Richard Pietschmann, Weidmannsche Buchhandlung, 1906.
- SCHEDL, ARMANDO. ¿ *Negros prehispánicos en América?*, en Revista Geográfica Americana, Buenos Aires, n. 244, 1957, 121-124 reproducido en Eu Sei Tudo, Rio de Janeiro, 1958 n. 4, 69-72.
- *Los negros precolombianos*, en Revista Geográfica Americana, Buenos Aires, 252, 1959, 555-565.
- SCHMIDT, MAX. *Kunst und Kultur von Peru*, Berlin 1929.
- SERGI, GIUSEPPE. *Gli Indigeni Americani-Ricerche antropologiche*. — Roma. Pubblicazione della Società degli Americanisti d'Italia; ed. Anonima Romana, 1928.
- *Le origine umane. Ricerche paleontologiche*, Torino, ed. Fratelli Bocca, 1913.

- STEGGERDA, MORRIS. *Anthropometry of South American Indians*, en Handbook of South American Indians, Washington, Smithsonian Inst., Bour of Ame. Ethnol. 1950 : vol. VI, Bull. 143.
- STERN, CURT. *Principios de genética humana*, trad. M. E. Drets. Buenos Aires. Ed. El Atenco, 1963.
- TEN KATE, H. *Matériaux pour servir a l'anthropologie de la presqu'île Californienne*, en Bulletins de la Société d'Anthopologie de Paris, Paris, 1884, t. 7. 551-569.
- TOPINARD, PAUL. *L'Anthropologie*, Paris, Liv. Schleicher Frères, Bibliothèque des Sciences Contemporaines, s. f.
- TORQUEMADA, JUAN DE. *Primera parte de los veintún libros rituales y Monarchia Indiana*, Madrid 1723 (3 tomos), ed. princep. Hay ed. en México, S. Chávez Hayhoe, 1943 ; 3 tomos.
- TOVAR, ANTONIO. *Catálogo de las lenguas de América del Sur*. — Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1961.
- VALLOIS, H. *Les Races Humaines*, Paris, P. U. F., 1957.
- VILA MARCO, AURELIO. *El primer viaje de Nicolás Federmann visto por la geografía*, en Revista Nacional de Cultura, Caracas-Venezuela, ed. Ministerio de Educación, año XXII, n. 140-141 ; 1960, 128-146
- VIVANTE, ARMANDO. *Estado actual de la discusión sobre pigmeos americanos*, en Revista del Museo de La Plata, n. s., t. V, Antropología, n°. 28, La Plata 1963, 193-263.
- VIVANTE, ARMANDO E IMBELLONI, J. *Libros de las Atlántidas*, Buenos Aires, Humanior, Bibl. del Amer. Moderno, 1939. Hay ed. francesa, trad. F. Gidon, ed. Payot, Paris 1942.
- WASSEN, HENRY. *An analogy between a South American and Oceanic Myth Motif and Negro Influence in Darien*, en Ethnologiska Studier, Göteborg, 1940, t. 10, 69-79.
- WEITZBERG, FRITZ. *Contribution à l'histoire de la découverte précolombienne de l'Amérique*, en Memoria de la Sociedad Científica Antonio Alzate, México, t. 40 1922, 97-107.
- WEINER, LEO. *Africa and the Discovery of América*, Philadelphia 1920. Con el mismo título en American Anthropologist, vol. 23, n° 1, 1921, 83-94.
- WIENER, CHARLES. *Bolivia et Pérou. Récit de voyage* — Paris, Libr. Hachette et Cie., 1880.
- WRIGHT, R. R. *Negro companions of the Spanish explorers*, en American Anthropologist, n. s., 4, 1902, 217-228.



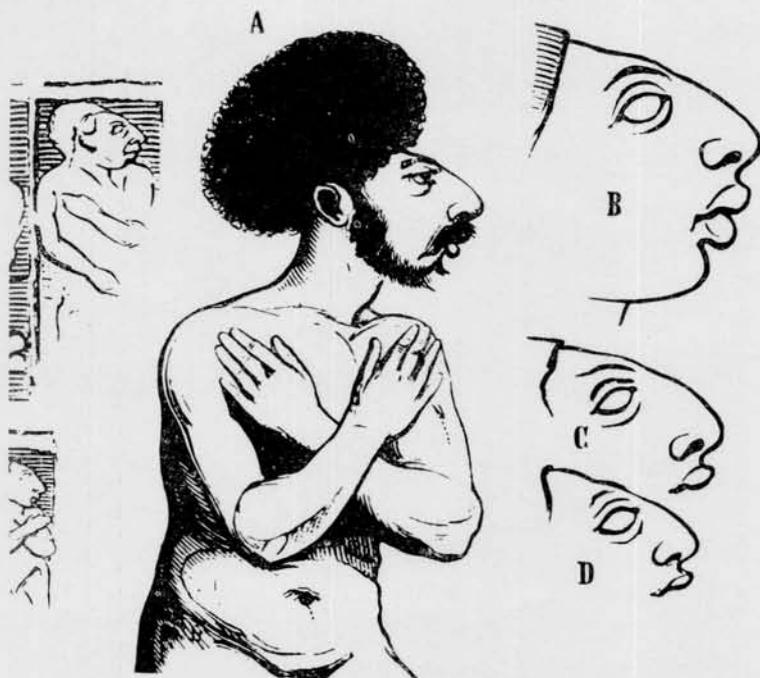
Detalles de los temas que ilustran dos vasos prehispanicos del Perú, según Wiener (1880, 471 y 481) : uno proviene de Santiago de Cao y el otro, de Puno, lugares próximos a Trujillo. Refiriéndose a estas piezas, escribe Rivet (1960, 143) : « pueden verse albañiles de piel negra y de piel blanca ». Existen otras piezas arqueológicas de este tipo, citadas para demostrar el registro de la existencia de melanodermos en América, anteriores al descubrimiento (Véase páginas 319-320).



Dos vasos-retratos del Museo Larco Herrera de Trujillo, Perú, de la cultura mochica, publicados por A. Schedl (1957 y 1959). Este autor — que con otros los reconoce evidentes rasgos negros y negroides — es el que llama la atención acerca del carácter señorial de los representados: atuendo cefálico, adorno auricular, etc. (Ver página 320).



San Lorenzo Tenochtitlan, Veracruz, México : cabeza colosal de la cultura olmeca. Fotografía del Instituto Nacional de Arqueología e Historia (INAH, Boletín 20, México, 1963, 13), Mide, aproximadamente, 2 m y pesa alrededor de 8 al 10 toneladas. Desde hace tiempo se vienen señalando los caracteres negroides de estas representaciones (Véase páginas 321-322).



Fragmento de la lámina publicada por Hamy (1875, 53): A, uno de los microcéfalos americanos estudiados por los antropólogos franceses; B, C y D — Figuras del *Atlas* de Da Waldeck (*Monuments anciens du Mexique*) sobre temas de Palenque, para facilitar la comparación de los perfiles. Llama la atención, en especial, el cabello lanudo — extraño al típicamente americano aborigen — y la notable semejanza con personajes ceremoniosos representados en monumentos prehispánicos de Palenque y Chichén-Itzá (Véase páginas 314 y 324).



Perfil y frente del vaso-retrato publicado por Holmes (Ann. Rep. Bur. of Ethn., Washington; 1903, pl. XXX), hallado en el valle medio del Misisipi, Arkansas; mide 6,1/4 de pulgadas. Fue el mismo autor quien lo aproximó a un rostro de mujer negra yacente. Desde el punto de vista estético recuerda los vasos-retratos de Ife (Africa), dados a conocer por Frobenius (Véase páginas 324-325).